

MILCIADES PENA

DE MITTRE A ROCA

Consolidación de la
Oligarquía Anglo-Criolla

FICHA TECNICA

Este trabajo, preparado y escrito por Milcíades Peña durante los años 1955 a 1957, forma parte de un estudio de mayor envergadura sobre la formación y perspectivas de las clases sociales en la historia argentina. A los efectos editoriales, la obra completa ha sido dividida en tomos menores que pueden ser leídos como unidades independientes. Para el lector interesado cabe aclarar que bajo el título *La Era de Mitre* (editado en agosto de 1968) se encuentra el relato del período 1852-72. Próximamente saldrán otros tomos que abarcan los períodos restantes de la formación de la Argentina actual, incluyendo dos capítulos ya publicados por la revista *Fichas de Investigación Económica y Social: La Revolución del 90* (Nº 6 — junio 1965) y *La Colonización de América* (Nº 10 — julio 1966).

Debido al prematuro fallecimiento del autor en diciembre de 1965, los textos originales fueron revisados y corregidos por Luis Franco en el aspecto meramente externo, respetando en absoluto —claro está— las ideas y expresiones del autor.

Los subtítulos han sido agregados expresamente para esta edición. Las referencias bibliográficas fueron revisadas, cambiándose en algunos casos por citas de ediciones más actuales de la misma obra.

4/678 54 cop

ediciones fichas
Buenos Aires

DE MITRE A ROCA

Consolidación de la
Oligarquía Anglo-Criolla

2

queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Copyright por
ediciones fichas
PEDRO SERRA
Corrientes 1551

LA ARGENTINA EN LA EPOCA DEL IMPERIALISMO

Terminada la guerra del Paraguay la nación argentina quedó definitivamente pacificada en los términos deseados por la oligarquía porteña. Todavía habrían de producirse levantamientos contra su hegemonía, el más importante encabezado por el coronel López Jordán cuando sublevó la provincia de Entre Ríos contra el gobierno de Sarriente después de mandar asesinar a Urquiza. Pero eran estertores finales de una causa moribunda, agotada frente al creciente poderío de la oligarquía bonaerense. Se afirma entonces el proceso de estructuración capitalista del país, que va cobrando la fisonomía que con variaciones apreciables —pero no de fondo— conserva hasta hoy: gran productor de alimentos y materias primas para el mercado mundial, gran importador de productos industriales, gran deudor ante los centros financieros del mundo, escasa y deficientemente industrializado. Pero esta estructuración y evolución del país se inicia más o menos coincidentemente con modificaciones fundamentales en los grandes centros capitalistas del mundo, y prosigue en el marco de las nuevas condiciones originadas por aquellas modificaciones. En las cuatro últimas décadas del siglo XIX las grandes naciones capitalistas evolucionan hacia el imperialismo, y esto modifica no sólo

Impreso en Argentina

Printed in Argentina

funcionamiento del sistema capitalista en las precedentes décadas del siglo XIX. La etapa librecambista del capitalismo significaba fundamentalmente la ausencia de esas gigantescas concentraciones de capital altamente centralizado en pocas manos, tan típicas de nuestro siglo, y el predominio de la burguesía industrial entre todos los restantes grupos de la clase capitalista (comerciantes, banqueros). Por otra parte, la tasa de ganancia dentro de los grandes países industriales era lo bastante elevada para atraer prácticamente todo el capital disponible, de modo que su exportación no era muy importante en cantidad, excepto en el breve período de la década de 1820 en que los banqueros ingleses se dieron a invertir en los países latinoamericanos —aventura que pronto abandonaron. De modo que el mercado mundial cobijaba un gran desplazamiento de mercancías, con reducidos movimientos de capital entre los distintos países. Cuando el capital se desplazaba era en su mayor parte llevado por el propietario, que emigraba de su país. Las colonias, o las zonas colonizables, despertaban el interés de las grandes potencias industriales —ante todo y por sobre todo de Inglaterra— en cuanto mercados comerciales, no como mercados de inversión para sus capitales. Y, en concordancia con esto, la intervención político militar en los países atrasados tenía un carácter esporádico, no sistemático, *amateur*, muy distinto del que adquiriría décadas después.

Todo esto se reflejaba en la política exterior y en la conducta del capital invertido en el extranjero por las grandes potencias. Era ésta la época en que la burguesía inglesa se preguntaba "por qué no dejar a las colonias que prosigan por su propia cuenta su propio desarrollo económico" (Knowles, *Industrial*, 320) y *The Times* declaraba que la completa independencia de las colonias constituía "un acontecimiento inevitable" (febrero 11, 1850, ver Knowles, 321). La inversión de capital en el extranjero no era considerada benéfico para Inglaterra (Jenks, 116) y la diplomacia británica no la respaldaba. En

4

el capitalismo interno de esos países sino toda la estructura de la economía mundial, que por otra parte recién entonces se convierte en propiamente tal. Poco o nada de lo que ocurre en la Argentina a partir de la presidencia de Mitre puede comprenderse si se pierde de vista esta reestructuración de la economía internacional —y su política. Y esto es válido no sólo para la Argentina sino para países como el resto de América Latina, Rusia, China —en general todos aquellos que en las cuatro últimas décadas del siglo XIX permanecían como naciones atrasadas.

Por ello, si se quiere comprender la historia argentina a partir de la presidencia de Mitre es preciso saltar al estudio de la historia mundial, cuya acción se ejercerá intensísimamente sobre la historia argentina. Por otra parte, para apreciar la acción del imperialismo en la historia argentina debemos estudiarla en su evolución general, prescindiendo de la exposición cronológica. Es decir, que para apreciar por ejemplo cuál ha sido la función y las consecuencias del capital inglés colocado en los ferrocarriles argentinos, es preciso estudiarla en conjunto, dejando para más adelante la detallada exposición cronológica de sus etapas. Y otro tanto ocurre con las relaciones entre las clases dominantes argentinas y el imperialismo. Es decir, que para poder entender el proceso que fue gestando la Argentina que hoy tenemos ante nosotros, es indispensable analizar primero la obra terminada, comprender las leyes generales del proceso, y luego recién entrar en su análisis parcial siguiendo sus etapas cronológicas. Por eso en este capítulo enfocaremos sintéticamente algunas tendencias generales que actúan en ella y sobre ella, originadas en la estructura de clases del país y en los centros de la economía mundial.

En las décadas en que Mitre-Sarmiento-Avellaneda-Roca gobernaban en la Argentina los colosos de la economía mundial abandonaban cada vez más la libre competencia que había caracterizado el

la década de los veinte, cuando los prestamistas de las naciones latinoamericanas pidieron que éstas fueran obligadas a reconocer sus deudas externas como precio de su reconocimiento como naciones independientes, Canning se negó (*ídem*, 117) y él mismo aclaró que "en ningún caso la deuda que un gobierno extranjero pueda contraer con un ciudadano británico será considerada como problema entre ese gobierno y el gobierno británico" (*ídem*, 118, 371). Palmerston, aunque con menos rigor, continuó esta política de Canning, limitándose a prometer a los tenedores de empréstitos extranjeros que se los respaldaría "con gestiones amistosas" (*ídem*, 119).

En esencia la política británica en estas décadas librecambistas del siglo XIX tendía a promover el comercio inglés en todo el mundo (por eso se rompió a cañonazos el aislamiento de China) pero no la inversión de capital, lo cual concordaba perfectamente con el predominio de la burguesía industrial y su apéndice la burguesía comercial, interesadas en exportar mercancías, no capitales. Como escribía Marx en 1861: "Los únicos ingleses que en Inglaterra desean una intervención en México son los tenedores de bonos mexicanos, los que, naturalmente, nunca han presumido de ejercer ninguna influencia sobre la opinión nacional" (México en la obra de Marx, 40).

Por otra parte, la mayor parte de las inversiones inglesas en el extranjero consistían en empréstitos. En Estados Unidos el capital inglés también financió ferrocarriles, pero rara vez tuvo en sus manos la gestión de los mismos. Generalmente los promotores norteamericanos conservaban la dirección de las empresas y la intervención inglesa se limitaba a percibir el interés del capital prestado. En más de una ocasión los promotores norteamericanos defraudaban y estaban a los accionistas ingleses, cuyo control sobre las empresas era bastante remoto. El *Erie Railway* fue uno de los casos más notables de defraudación en perjuicio de los inversores ingleses, y que esto pudiera ocurrir demuestra hasta qué punto era débil el capital inglés

en relación a los países en que se invertía. (Kirland, 387). Tan pocas veces estafó la burguesía yanqui a sus acreedores extranjeros que "para un norteamericano era sumamente comprometedor hallarse en Londres en el invierno de 1842-43" (Jenks, 104). Todavía en 1928, en plena prosperidad norteamericana, ocho estados de la Unión debían a los acreedores extranjeros empréstitos contratados en el siglo XIX por valor de 328 millones de dólares" (Williams, VI, 105). Es decir, que Estados Unidos pudo contar con el capital extranjero para la aceleración de su desarrollo económico, especialmente en aquellas ramas de la economía que, como los ferrocarriles, requerían grandes masas de capital, pero en condiciones distintas a aquellas con que América Latina consiguió más tarde esa "ayuda". Las inversiones extranjeras realizadas en Estados Unidos se caracterizaron por dejar la promoción, el control y la dirección de las empresas en manos de la burguesía yanqui. O, en otro caso, consistían en el traslado físico del capital junto con el propietario, que emigraba y a la tercera generación se convertía en burgués norteamericano. No exista nada comparable al desplazamiento actual de los monopolios hacia América Latina, donde realizan inversiones cuyo control conservan. Hacia fines del siglo XIX las inversiones extranjeras en Estados Unidos—como en todo el mundo—presentaban las características propias del imperialismo, conservando para sí la propiedad, la gestión y el control de las inversiones. Pero ya entonces la burguesía yanqui era lo suficientemente fuerte para desplazar al capital extranjero allí donde se lo propusiese, y desde 1914 todas las inversiones extranjeras lucrativas fueron adquiridas por el capital yanqui. Tal era la independencia que un país deudor de la época librecambista tenía frente a sus acreedores que el capitalismo yanqui se dio el lujo de ser el deudor más moroso y el defraudador más grande de las inversiones extranjeras, como que todavía adeuda varios empréstitos contratados hace más de un siglo. La posibilidad que tuvo la burguesía yanqui de violar sistemática-

mente sus compromisos con el capital extranjero, y contar sin embargo con nuevas y crecientes inversiones extranjeras, contrasta con el bloqueo que el imperialismo cierra en torno a los países atrasados que en el siglo actual o fines del XIX no cumplen sus "obligaciones" con el capital financiero internacional. El contraste diferencia netamente dos fases de la evolución del capitalismo. A América Latina le tocó desarrollarse en la última y menos favorable y, dicho sea de paso, nunca como aquí quedó demostrado que la historia no es un simple y tranquilo proceso evolutivo en que los que vienen después repiten con algunos años de atraso el camino de los que vinieron antes. La Argentina y algunos de los otros países más adelantados de América Latina —del resto no hay ni que hablar— inician su moderno desarrollo capitalista apenas cincuenta años más tarde que Estados Unidos. Pero en esos cincuenta años las mayores virtudes del capitalismo se han agotado y su maduración imperialista empezaba a poner en juego todas sus lacras, cerrando el camino hacia la civilización a la mayor parte de la humanidad.

Advirtiéndolo que es preciso no olvidar "la significación condicional y relativa de todas las definiciones en general, las cuales no pueden abarcar nunca en todos sus aspectos las relaciones del fenómeno en su desarrollo completo", Lenin resumió en cuatro puntos las características esenciales del imperialismo: "1) la concentración de la producción y del capital llega hasta un grado tan elevado de desarrollo que ha creado el monopolio, el cual desempeña un papel decisivo en la vida económica; 2) la fusión del capital bancario con el industrial y la creación, sobre la base de este "capital financiero", de la oligarquía financiera; 3) la exportación de capital, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una importancia particular; 4) la culminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes. El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en la cual ha tomado cuerpo la dominación de los

monopolios y del capital financiero, ha adquirido una importancia de primer orden la exportación de capital, ha empezado el reparto del mundo entre los *trusts* internacionales y ha terminado el reparto del mismo entre los países capitalistas más importantes" (*Imperialismo*, 139).

Los críticos de la teoría leninista gustan señalar la existencia antes de las últimas décadas del siglo XIX, período indicado por Lenin como punto de partida del imperialismo, de numerosos fenómenos que son propios de la etapa imperialista: monopolios, exportación de capital, política colonial. Olvidan que lo que en la teoría leninista caracteriza la etapa imperialista del capitalismo no es la existencia aislada de *trusts*, o de colonias, o la exportación del capital. La relación funcional entre estos fenómenos, es decir, una vinculación tal que la existencia de cada uno de ellos resulta inseparable de los restantes, y varía con la variación de cualquiera de los otros, su entrelazamiento y su dominio sobre todas las restantes manifestaciones de la economía capitalista, eso es lo que caracteriza al imperialismo. Y esa vinculación funcional entre monopolio, capital financiero, exportación de capital y reparto del mundo sólo aparece precisamente en el período indicado por Lenin. Y precisamente porque en etapas anteriores del desarrollo capitalista faltaba esa relación funcional entre monopolio, capital financiero, política colonial y exportación de capital —y no podía menos que faltar, dado el desarrollo relativamente limitado de la producción capitalista y sus leyes de concentración y centralización— el contenido de fenómenos exteriormente similares a los propios de la etapa imperialista era distinto. Inglaterra tuvo una política colonial mucho antes de que el capitalismo inglés se transformara en imperialismo. Pero la similitud se limita a la forma y allí termina. "La política colonial y el imperialismo existían ya antes del capitalismo en su fase actual y aun antes del imperialismo. Roma, basada en la esclavitud, llevó a cabo una política colonial y realizó

el imperialismo. Pero los razonamientos generales sobre el imperialismo, que olvidan o relegan a segundo término la diferencia radical de las formaciones económico-sociales, se convierten inevitablemente en vulgaridades nuevas o en pura retórica, tales como la de comparar la Gran Roma con la Gran Bretaña. Incluso la política colonial capitalista de las fases anteriores del capitalismo se diferencia esencialmente de la política colonial del capital financiero" (*Imperialismo*, 127, 128). Aunque Lenin no tuvo tiempo de desarrollar este problema, la justeza de su apreciación surge con claridad de todos los estudios serios acerca de la política colonial de la época librecambista. Un documentado investigador inglés define así el período 1783-1870 del capitalismo británico: "Desprecio general de las colonias. Inglaterra organizada para el intercambio mundial no encontraba acomodo en los estrechos límites del sistema colonial" (Knowles, 314).

No es posible comprender la historia argentina desde Mitre en adelante sin conocer los rasgos esenciales que caracterizan a las relaciones entre el imperialismo —fase superior de desarrollo alcanzado por el capitalismo en un grupo de países industriales— y el conjunto de las regiones dependientes de las potencias imperialistas. Y para comprender esto hay que adentrarse en la esencia del imperialismo. El capitalismo, en su fase imperialista, supone el monopolio. El monopolio, culminación del proceso de concentración y centralización del capital a que el capitalismo conduce inevitablemente en su desarrollo, expresa la quiebra del sistema, su incapacidad para seguir desarrollando las fuerzas productivas en su conjunto. En su etapa monopolista el capitalismo "ya no es capaz de progresar en bloque. Esto no significa que ciertas ramas de la industria y ciertos países no puedan progresar con un ritmo desconocido hasta ahora. Pero ese progreso se realiza y se realizará en detrimento de otras ramas y de otros países. Los gastos de producción del sistema capitalista mundial devoran cada vez más sus beneficios" (Trotsky, *La Internacional*,

I, 28). En su fase imperialista el capitalismo se torna monopolista en escala nacional y mundial. El carácter explotador y parasitario, la apelación a la fuerza económica y extraeconómica, que definen la conducta de los monopolios hacia sus obreros, hacia el consumidor y la sociedad en su conjunto, se elevan a un plano superior, caracterizando la política económica de los países imperialistas. "Se trata de un monopolio capitalista, esto es, que ha nacido del seno del capitalismo y se halla en las condiciones generales del mismo, de la producción de mercancías, de la competencia, en una contradicción constante e insoluble con dichas condiciones. Pero, no obstante, como todo monopolio, engendra invariablemente una tendencia al estancamiento y la descomposición" (*Imperialismo*, 155).

Ese carácter monopolista y parasitario del imperialismo tiene una tremenda importancia para las regiones atrasadas, porque en él se contiene precisamente la imposibilidad para estas regiones de desarrollarse y superar su atraso en los marcos del sistema capitalista. Enemigos de la libre competencia, los monopolios lo son también, e irreconciliables, de Vico y su escuela. La transformación del capitalismo de los grandes países industriales en capitalismo monopolista impide que los países atrasados repitan el ciclo histórico cumplido por aquellos en su evolución desde la pequeña producción precapitalista a la gran industria moderna. El monopolio constituye, en última instancia, un intento de frenar la tendencia al descenso constante de la tasa de ganancia. Para contrarrestar esta tendencia, el monopolio debe impedir, en el mercado local, el acceso de nuevos competidores a las ramas monopolizadas —las más lucrativas— de la industria. En el mercado mundial, el monopolio necesita mantener el atraso de las regiones atrasadas, porque precisamente extrae sus superganancias de ese atraso, del desnivel que el mismo implica entre las economías imperialistas superdesarrolladas y las economías atrasadas y dependientes. El carácter parasitario y explotador del capitalismo monopolista hace que

los civilizadores cierran el paso a los que se civilizan, como gráficamente lo expresara Trotsky. "La esencia misma del imperialismo implica la utilización de las diferencias de nivel que existen en el desarrollo de las fuerzas productivas de los distintos sectores de la economía mundial, con el fin de asegurarse la totalidad de la plusvalía monopolizada".

CONSOLIDACION DE LA OLIGARQUIA ANGLO-CRIOLLA

La Situación Argentina Según los Financistas Británicos

La ubicación de la Argentina en el nuevo mundo que la maduración imperialista del capitalismo comenzaba a estructurar había de ser decidida por la situación interna del país en los momentos en que se iniciaba su definitiva estructuración capitalista, es decir, en los días del gobierno de Mitre. Un *"Informe de las condiciones financieras, comerciales, etc., de la República Argentina, recopilado en 1866 por el secretario de legación de su Majestad Británica en Buenos Aires, presentado entre otros a ambas legislaturas del Parlamento Inglés"*, suministra datos exactísimos para filiar la estructura real del país en aquellos momentos. Tenía el nuestro 1 millón 400.000 habitantes, para una superficie de la que sólo su mitad excede al tamaño de Inglaterra, Irlanda, Francia y España juntas. Había dos habitantes por milla cuadrada, es decir, el país estaba desierto. Lanas lavadas y sin lavar, cueros, sebos, grasa, huesos, carne salada, eran sus principales exportaciones. Inglaterra ocupaba el primer puesto en el co-

mercio exterior del país, y más de la mitad del valor de lo importado desde Inglaterra consistía en tejidos, sedas, artículos de hilo, ropa hecha, té, artículos de talabartería, cerveza, todo lo cual indica el atraso —mejor dicho, la inexistencia— de industria nacional del tipo más elemental. Lo cual no impedía que se le debieran a Inglaterra 13 millones de pesos fuertes. Y además, de cada 100 millones de pesos papel 14 pertenecían a ingleses e irlandeses, y —decía el secretario de la legación británica— “es digno de observarse que las sumas depositadas por los ingleses e irlandeses son sumamente crecidas cuando se compara con el número limitado de depositantes, circunstancia que puede definirse palpando el hecho de las vastas riquezas que poseen los ciudadanos británicos que sostienen casas comerciales en Buenos Aires” (17). El observador inglés reconocía que “es este un país que cualquiera que le haya visitado no puede dudar que está predestinado un día no lejano a ocupar un alto puesto en la categoría de las naciones”, pero, señalaba “la indolencia de sus habitantes nacionales, y una marcada indiferencia para abarazar cualquier sistema de industria, presenta un obstáculo sumamente serio en contra del desarrollo de los recursos del país”. Del balance de todos estos elementos y factores la conclusión, desde el punto de mira de la Bolsa de Londres, era obvia: “No sería una exageración afirmar —decía textualmente el secretario de la legación británica— que en empresas inglesas y en el empleo de capitales británicos se encontrará la clave precisa de la prosperidad argentina” (todas las citas del folleto referido). Lo cual quería decir, en esencia, y por cierto que sin exageración alguna, que la clave precisa de la prosperidad del capital británico se encontraban en el trabajo argentino contabilizado a su favor.

En esta telegráfica descripción de la situación material del país se encuentra el núcleo de su próxima enajenación al capital financiero internacional que le impediría ocupar “un alto puesto en la ca-

tegoría de las naciones”, excepto como deudor y proveedor de carne y trigo. La economía del país giraba en torno a la exportación de materias primas en bruto y la importación de artículos industriales. El censo de 1869 revelaba que en todo el país había 58 mil sirvientes y 8 mil mozos de café contra sólo 92 mil hiladores y tejedores y apenas 8 mil agricultores, lo que da una idea bastante clara del atraso nacional. En el comercio exterior y en la producción para el comercio exterior se asentaba la riqueza de las clases dominantes más poderosas: estancieros y comerciantes del Litoral. No había industria nacional ni quien tuviera interés en desarrollarla. Para las clases dominantes —y no podía ser de otro modo— la prosperidad nacional consistía en producir para vender en el mercado mundial materias primas por un lado, y comprar manufacturas por otro. Ellas veían beneficioso perpetuar al país como colonia de la industria europea, con el modo agregado de que, para ampliar y facilitar ese proceso de intercambio con las imprescindibles obras públicas e industrias se contaba con el capital europeo —inglés ante todo. Clases desinteresadas de la producción para el mercado interno, como eran los estancieros y comerciantes, no estaban en modo alguno inclinadas a distraer sus capitales de la ganadería o el comercio —donde se centuplicaban a corto plazo— para invertirlos en empresas vitales para la economía nacional pero que, a más de requerir grandes masas de capital, exigían una aplicación a la producción bastante más compleja que la de criar vacas o vender sus productos. Lógicamente estas clases tenían que llegar a la conclusión de que la clave de su prosperidad estaba donde lo indicaba el encargado de negocios de su Majestad Británica: en empresas inglesas y en el empleo de capitales británicos.

El Fecundo Consorcio del Capital Inglés y los Beneficios de la Oligarquía

En sí mismo el atraso no era en aquel momento un mal insuperable. Un siglo y medio antes Inglaterra era incluso menos que la Argentina en la presidencia de Mitre. En 1685, con cinco millones de habitantes (cinco veces más que la Argentina) Inglaterra tenía menos renta nacional que la Argentina, y todas sus rentas aduaneras eran inferiores a las que producía sólo la Aduana de la Provincia de Buenos Aires (Mitre, Arengas, 226-7). Y además la Argentina tenía la ventaja de que podía importar directamente todos los elementos técnicos que habían hecho la grandeza inglesa; podía saltar del cable al ferrocarril sin repetir la evolución de los medios de transporte; podía importar maquinaria industrial moderna sin repetir la evolución que va del artesanado a la manufactura y a la fábrica. Así hizo Estados Unidos. Pero aquí faltaban las fuerzas motrices —es decir, las clases sociales— capaces de salvar el retraso histórico dando un gigantesco salto hacia adelante aprovechando las conquistas y la experiencia de los que habían evolucionado antes. La oligarquía argentina era muy capaz de engordar a compás con sus vacas, deslumbrar a ciertos círculos parisinos, y en el viaje arrojar al mar su vajilla de oro, como cuenta *La Nación* que hacía la familia Anchorena (*La Nación*, número extraordinario de enero 4, 1945, 37). Pero nada más.

Inglaterra necesitaba exportar capital. La Argentina necesitaba importarlo. Nada peligroso había en hacerlo si el Estado hubiera sido controlado como en Estados Unidos o Japón por una clase nacional fuerte, interesada en el desarrollo autónomo de la nación orientado hacia el mercado interno, no sólo hacia el mercado mundial como

mero apéndice de la industria europea; una clase capaz de negociar de igual a igual con el capital extranjero no de transformarse en capataz suyo para la explotación del país. Tal clase no existía. A diferencia de la decrepita parasitocracia china o egipcia, por ejemplo, la oligarquía argentina, preferentemente su ala estancieril bonaerense, era bastante fuerte para resistir los intentos más directos de colonización política, como lo demostró bajo Rosas, pero carecía totalmente de capacidad y de interés en resistir la colonización financiera por la bolsa de Londres, aunque ocasionalmente se rebelase —por lo general sólo verbalmente— contra los aspectos más opresivos para sus propias ganancias.

En 1874, analizando la crisis económica que atravesaba el país Alberdi señalaba que "la crisis no ha nacido de un solo empréstito extranjero, sino de los muchos empréstitos que Londres ha hecho a los gobiernos del Plata en los años anteriores a su explosión. En pagar los intereses de su valor total de 80 millones se va hoy la mitad de lo que produce el erario público". Y agregaba: "Decir que las cosas del Río de la Plata han vuelto a caer hoy en el estado en que se hallaban antes de la caída de Rosas, no es agravio al gobierno actual, como tal vez lo piensen sus partidarios; es, al contrario, cumplimentarlo, porque el presente estado es peor que lo era el del pasado bajo Rosas. Bajo Rosas no debía el país 60 millones de pesos fuertes al extranjero, cuyos intereses absorben la mitad de su renta pública, la mitad de lo que cada argentino saca de su bolsillo para costear al gobierno" (*Económicos*, 287 y 237). Eso era en 1874. En 1885 se debía al extranjero 149 millones de pesos oro (*Williams*, 23).

Cuarenta de cada 100 pesos que el país obtiene por sus exportaciones se destinan en 1884 a pagar los intereses y ganancias de las inversiones extranjeras. Cada vez era mayor el peso específico del capital extranjero —inglés— en la economía nacional, y mayores sus privilegios de tipo monopolista. Dirigida por clases cuya esencia misma

las contraponen al desarrollo autónomo de la nación, la economía argentina se pone al servicio del capital extranjero, y no a la inversa. En 1877 el Presidente Avellaneda sintetiza en frase rotunda la política permanente de las clases dominantes argentinas: *ahorrar sobre el hambre y la sed del pueblo para poder pagar a los acreedores extranjeros* (Busch Escobar, 203).

En 1861 correspondió a Mitre —¡claro está!— formular lo que durante 80 años sería el mandamiento número uno del decálogo de nuestra política frente al imperialismo: "Cuando las Provincias Unidas no encontraban un solo argentino que les prestase un real, el capital inglés envió a una sola de sus provincias la cantidad de cinco millones de libras esterlinas... ¡briendo por el fecundo consorcio del capital inglés y del progreso argentino!" (*Aréngas*, 228). En verdad, el progreso argentino fue desde el comienzo un progreso con conjuntura, o sea se hizo en beneficio principalísimo del capital inglés y en detrimento del desarrollo propiamente nacional —es decir, interno y hacia adentro— de la economía argentina. Fue y es un progreso a la cangreja. En vez de regatear y aprovecharse de él como había hecho la burguesía yanqui, la oligarquía argentina se entregó de brazos abiertos al capital británico como la mejor forma de enriquecerse ella misma sin mayores complicaciones. Y desde luego le tocó a Mitre marcar el rumbo en materia de concesiones escandalosas. Al Ferrocarril Central Argentino se le garantizó una ganancia anual de 7% sobre un capital doble del necesario para construir la línea, y se le regaló una legua de campo a cada costado de la vía, totalizando casi 350.000 hectáreas (Scalabrini en "*Servir*", abril-julio, 1938). Los historiadores stalinistas argentinos, fieles a la línea de Radio Moscú, que les prepara el camino para la Unión Democrática con los herederos políticos del mitrismo, calificándolo de "gran patriota argentino" y "ejemplo de servicio a la patria" (*La Nación*, enero 20, 1957), afirman que al hacer esas concesiones de abierta traición al país

Mitre siguió "una norma norteamericana" (Sommi, *Trigoyen*, 36). Mientras stalinomitristas! El propio Sarmiento entonces ministro en Washington del gobierno de Mitre, lo denunció en páginas cuidadosamente censuradas por la historia oficial. En agosto de 1865 escribía desde Nueva York: "Veo que se solicitan concesiones de tierras. Siendo decir que, conviniendo completamente en ese sistema, deploro sólo la manera de hacerlo. En los Estados Unidos son frecuentes estas concesiones de terreno a lo largo de los ferrocarriles; pero se hacen en lotes alternados, promediando entre los concedidos uno de igual extensión que retiene el propietario original. De este modo se consigue que no se entregue para siempre el dominio del territorio atravesado por la línea, a los que la explotan, con todas sus ventajas; y hacer valer el propio terreno tanto en lo futuro, como valga el vecino concedido, con lo que se compensa el sacrificio hecho. Conceder también centenares de leguas porque hoy valen poco, pero que valdrán millones, es prodigar irreflexivamente la fortuna" (*Obras*, XXIX, 61-62). Esta era una política nacional-burguesa de moderada defensa contra la monopolización de la riqueza nacional por el capital extranjero. ¿Qué hizo el gobierno mitrista ante esta sugerión de Sarmiento? Lo que correspondía hacer a un gobierno de la oligarquía portuaria: tirarla al canasto. Sarmiento ha dejado testimonio en una de sus cartas: "Me contestó una nota de dos pliegos de polémica, para probarme que él se lo sabía, y que las leyes de Estados Unidos le habían servido de modelo, al dar la línea de Córdoba al Rosario toda entera a una compañía extranjera. He tenido que medir y pesar las palabras de mi contestación para no entender el espíritu pueril de estas observaciones, que sólo tienden a echarme la piedra encima, como dicen, y mostrarle la verdad del caso. Pero esa nota no verá jamás la luz pública, porque son mi gloria y probablemente no contribuyan mucho a la de ellos". Y en efecto, ese trabajo de Sarmiento ha desaparecido totalmente. (Cartas a Posse, I, 164-5).

De ese modo, entre crecientes empréstitos y creciente participación del capital extranjero en la economía nacional se va evolucionando hacia una situación en que toda la estructura económica argentina descansa en una base y presenta casi un solo objeto, el de comprar y vender, tomar prestado y pagar, al exterior. (Williams, 11). Cuando el proceso recién evidenciaba sus primeras consecuencias, Alberdi escribía con su habitual lucidez: "La América del Sud, emancipada de España, gira bajo el yugo de su deuda pública. San Martín y Bolívar le dieron su independencia, los imitadores modernos de esos modelos la han puesto bajo el yugo de Londres. Esta dependencia no es menos pesada que la que estuvo de España. En los dos casos es ajeno el fruto de su trabajo y de su suelo. ¿Cómo salir de ella? ¿Cómo libertarse de sus acreedores, sus soberanos modernos?" (*Económicos*, 407). Diez años después, cuando el yugo de Londres era mucho más firme, Sarmiento constataba: "Vamos tranquilamente al abismo: viéndolo unos, a ciegas los más; empujando algunos. Se deben trescientos millones. Créese que Pellegrini ha arreglado el empréstito, bajo la tutela del sindicato. ¡Cuestión de Egipto! Nosotros quedaremos por un siglo bajo la inspección aduanera. ¡Vamos a elegir un nuevo gobierno! Buscáronse nombres que para la Bolsa de Londres, no para la nuestra, fueren garantía, o prenda" (*Cartas a Pose*, II, 535-7).

Mitre, Precursor de Todas las Lacras de la Política Oligárquica

Todo este proceso se desarrolla y es el resultado de la política de los gobiernos de Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Juárez Celman.

12

Cada uno de estos gobiernos refleja una combinación peculiar de intereses dentro de la oligarquía, pero el resultado uniforme de su acción es afianzar la riqueza y el poder de la oligarquía y el peso específico del capital extranjero en la economía nacional. Vistos ya sus resultados, cabe seguir a grandes rasgos la política de estos gobiernos, en particular la de Mitre, que fue en todo sentido —mal sentido— el pionero.

Impuesto por las armas contra el deseo de la mayoría del país, y respaldado en la reducida oligarquía bonaerense, sobre todo en su sector comercial, el mitrismo reflejaba sin distorsiones el carácter parasitario y antinacional de esas clases dominantes. Con la misma intensidad con que era liberal para ceder tierras al capital imperialista era absolutista para monopolizar los beneficios del aparato estatal e impedir que se beneficiaran con él, no ya los representantes de fuerzas sociales hostiles a la oligarquía, sino otros grupos de políticos oligárquicos. De ahí el fraude, la violencia contra los opositores, la corrupción, la utilización del presupuesto como tierra conquistada y todas las características de la "política criolla", que lo son en verdad de la política de todos los países atrasados, donde no existen bases materiales y culturales para la democracia burguesa, sino apenas para gobiernos oligárquicos.

Fue Sarmiento quien primero denunció a Mitre como iniciador y promotor del fraude electoral en la Argentina (Vera, 255). Y así fue, en efecto. La forma de hacer las elecciones era tan mala que se prestaba a todo género de fraudes y engaños. Y el mitrismo era fervoroso defensor de ese sistema, único capaz de asegurarle el gobierno. "En 1857, elegido Sarmiento senador por San Nicolás, presentó un proyecto de ley electoral que distaba mucho de la perfección, pero que hacía muy difícil el fraude en la forma escandalosa y descarada que se hacía entonces. El senado provincial lo aprobó; pero cuando pasó a la Cámara de Diputados fue encarpetaada y na-

die lo tomó en cuenta en todo el año. Al siguiente, el Senado envió una nota a la Cámara en la que pedía su pronto despacho; pero no se le hizo el menor caso. Sarmiento quiso indagar particularmente el por qué de esa conducta, y fue a ver a los hermanos Elizalde, que en la Cámara venían a representar la personalidad de Mitre —en su carácter de confidentes íntimos y ejecutores o transmisores de sus órdenes— y que en ese concepto ejercían autoridad omnimoda. Su ley —le dijo Rufino— no se despachará; no puede despacharse. Y ante el asombro de una interrogación de Sarmiento, añadió: "Esa ley tiene el defecto de ser demasiado buena; y lo que nosotros necesitamos es asegurarnos el Gobierno" (Vera, XIII, 250). Todo esto no le impedía a Mitre afirmar que "si yo creyera que en el fondo de la urna que me proclamase presidente de la República había un solo voto falso, declinaría el alto honor de presidir los destinos del pueblo argentino". Y un siglo después todavía se siguen citando estas palabras increíblemente mentirosas para probar "la aspiración de Mitre a la pureza del sufragio y su repugnancia por el fraude..." (*La Nación*, enero 15, 1956).

Se habla también de que Mitre era "enemigo de todo poder despótico" (*Idem*). Lo que es cierto si se agrega: que no fuera el suyo. Es innecesario destacar que todo el gobierno de Mitre transcurrió bajo el estado de sitio, entre fusilamientos y masacres pacificadoras, para aplastar la insurrección nacional contra la guerra de la inadjetivable alianza. "La administración del general Mitre, prescindiendo del artículo constitucional, ha declarado reos de rebelión y puesto fuera de la ley a todos los ciudadanos que se alistaron bajo la bandera de la revolución, cuando el país era oprimido, por la férrea imposición del Estado de Sitio, que entregaba a los ciudadanos desarmados a la saña de los gobiernos, los cuales remitían encadenados los contingentes del Paraguay". (*El Río de la Plata*, setiembre 29, 1869). Así lo denunciaba José Hernández. "No hubo un solo día

de los seis larguísimo años de ese gobierno, que en algún punto de la República, o en toda ella, no estuviera decretado el estado de sitio, que suspende todas las garantías constitucionales" (D'Amico, 111).

Tampoco faltó la corrupción bajo el austero Mitre. "Mitre ha sido un gobernante honrado solamente en este sentido, que él no ha tomado un peso de las arcas públicas; pero durante su gobierno sus empleados han llevado el abuso hasta la más escandalosa exageración, y los robos eran tantos y tan frecuentes, que a nadie le llamaba la atención; se robaba hasta las cajas de cirugía del ejército! Si en la actualidad (1890) se hacen fortunas inmensas a la sombra del poder, esas son migajas al lado de aquellas fortunas colosales que se hacían por los íntimos del general Cepeda, cuando Pavón, cuando el Paraguay. Y Mitre creía que su honestidad quedaba inmune, puesto que él no participaba en manera alguna de aquella arrebataña" (D'Amico, 105).

También ha sido Mitre el preclaro precursor del despido en masa de empleados públicos. "El fue quien primero destituyó en masa a los empleados públicos que no abdicaban de sus derechos de ciudadanos; listas enormes, que empezaron por los empleados de aduana, de destruidos, porque asistían a determinados clubes o porque no asistían a los clubes oficiales que él mandaba organizar" (D'Amico, 105). Después de Pavón, cuando Mitre como gobernador de Buenos Aires se convirtió de facto en presidente de la Nación, se apresuró a declarar cesantes a todos los agentes diplomáticos que la Confederación había enviado a Europa, y "no se les pagó un solo peso ni para el pasaje" (Vera, XIII, 168). El golpe iba dirigido contra Alberdi, que quedó en Europa desprovisto de medios de vida. Mitre satisfacía así, con la bajeza que caracteriza su política, su odio implacable contra Alberdi, todo lo cual no impide a un apoloquista de Mitre y asalariado de *La Nación* —socialista él...— decir de Mitre que "su espíritu liberal y su tolerancia están de manifiesto en todos sus actos

y casi no hace falta decir que el odio o el resentimiento no ocuparon lugar alguno en su corazón" (*La Nación*, enero 15, 1956).

¿Falta algo? sí, y muy importante. El mitrismo fortalece y utiliza todos los resortes represivos del Estado, procurando perpetuarse mediante ellos en el poder o asegurarse con ellos el retorno por la fuerza en caso de perderlo electoralmente. "La presidencia de Mitre —escribió un íntimo amigo de Sarmiento— y la pesifilencial candidatura de Elizalde nos han dejado en medio de la más completa desmoralización, y lo que es peor, con un personal militar en el interior, que será sana que tendremos que rascar por muchos años. Elizalde ha prodigado grados militares en las provincias a hombres que jamás han conocido el ejército, a caudillejos que nunca sirvieron a la patria y sin otro título que haber trabajado a puntapiés y a garrote por su candidatura. Después que esa candidatura murió de muerte pésima, todavía están lloviendo grados, no sólo para pagar el servicio sino para organizar con esos elementos una resistencia próxima o futura a Sarmiento" (*Posse*, I, 184).

Y él mismo le decía a Sarmiento: "Me hablas de tu plan político, de mejoras sociales, y entre éstas la del ejército, lo que vale decir que vas a poner el dedo en la llaga. Tenemos que hasta los últimos momentos de la administración pasada (de Mitre) se han estado sellando militares de oficina, confiriendo grados; a unos por favoritismo, a otros por aliados políticos, con el fin palpable de crear caudillejos para miras ulteriores contra la actual presidencia" (*ídem*, 196). Y el propio Sarmiento lo corroboraba: "Andando el tiempo, y como consecuencia del gobierno y de los mandos militares que en tan largo lapso había ejercido en el ejército (se refiere a Mitre, quien "desde la primera revolución de setiembre de 1852 llena toda la historia gubernativa como Ministro, General, Gobernador y Presidente") resultó también que la mayor parte de los generales de la república eran o sus parientes, o sus deudores y partidarios personales, a tal

grado que se constituyó gerente y apoderado de la pléyade de generales suyos" (*Obras*, XL, 19).

Terminada su presidencia y derrotado su candidato Elizalde, que era muy popular en la corte de Río de Janeiro, pero que por eso mismo devino en todo el país el rey de los espanta-votos, Mitre se dedicó a preparar la reconquista del poder para él y su pequeña sub-oligarquía. El austero republicano quería el poder por cualquier medio, incluso el motín militar contra el gobierno legalmente constituido, y a preparar el motín se dedicó apenas llegado Sarmiento a la presidencia. José Hernández describía con palabra precisa los métodos y el origen de la oposición mitrista, "*La Nación* incita al Congreso a interpelar al Gobierno, pero su celo no era tanto cuando los agentes de la administración pasada recorrieran las provincias llevándoles en la punta de las bayonetas la última voluntad del gobernante envanecido con las victorias alcanzadas sobre argentinos" (*Río de la Plata*, agosto 7, 1869). "Mitre —agregaba— es jefe de una oposición tan cruenta y sistemática que marcha fatalmente a la revolución". Esto escribió Hernández en 1869 y así ocurrió, en efecto en 1874. (*Río de la Plata*, noviembre 3, 1869). "El único órgano en la prensa argentina, de los intereses oligárquicos, es la coqueta palaciega que lleva por nombre Nación, Argentina. Ministerial hábil y constante durante la desastrosa presidencia del héroe de Sierra Chica * no olvida sus amaños del voto falso, de las cábalas electorales, medidas vedadas con que fue subiendo esa mediocridad ambiciosa e inquieta. Los únicos reaccionarios son los oligarcas, los que creen que ellos y sólo ellos pueden y deben vivir de ministros, senadores, diputados, por obra y gracia del condecorado (Mitre) con órdenes del Brasil" (*Río de la Plata*, diciembre 2, 1869). Y Sarmiento era igualmente

* En ese lugar en 1855 los indios "armados únicamente de lanza, dice D'Amico, derrotaron completamente al ejército de Mitre, superior en número y de las tres armas, le quitaron todas las caballadas y los cañones".

explicito en sus cartas confidenciales: "Mitre se lanzó en la declaración; pero furiosa, demagógica, revolucionaria" (a García, 44). "Mitre entra en compañía con Gutiérrez para escribir *La Nación*. El uno decentemente, y el otro se desatará los calzones a su lado. Mitre promete no oler ni taparse las narices" (*idem*, 65).

El último estoror del mitrismo, en cierto sentido el último acto del gobierno de Mitre, fue la insurrección militar del año 74 contra el gobierno de Sarmiento. Insurrección financiada "por la últimas libras esterlinas ganadas por los proveedores del ejército imperial brasileño" (Quesada, 176). El motín tuvo por objeto real restaurar a la suboligarquía mitrista en el poder, ostentando por lema de su pabellón de guerra la libertad... Entre sus campeones libertarios traía Mitre en su ejército... a los indios de la tribu del cacique Catriel (Saldías, 232). Como se recordará, Mitre hizo la guerra del Paraguay en nombre de la civilización. Una caricatura de la época retrataba al cacique Catriel con frac, sombrero de copa y guante blanco y vestidos de indios a Mitre, Elizalde, Arredondo y demás integrantes de la pandilla mitrista y hacía decir al cacique: ¡Qué vergüenza! Un hombre decente como yo conducido por esta indiadá!" (Saldías, 235). El razonamiento resultaba difanamente correcto, porque la suboligarquía mitrista era de una rapacidad igual en brío aunque muy superior en alcance a la de los indios. El motín fracasó, porque lo rechazaba la mayor parte del país y hasta el grueso de la oligarquía porteña —excepción hecha del reducido núcleo directamente ligado al mitrismo por razones de negocios— que veía amenazada la buena marcha de sus negocios por esta alteración del orden que, en caso de triunfar, desencadenaría fatalmente una nueva reacción en cadena de insurrecciones antimitristas. En el interior del país, vivo todavía el recuerdo de la pacificación mitrista que siguió a Pavón, "hasta las piedras lo rechazan a él y a Mitre" según le comunicaba telegráficamente a Sarmiento un jefe de las fuerzas del gobierno radicado en

el Interior (Roca, 65). Y fracasó, desde luego, por un decreto temprano de los hados, es decir, por la infalible ineptia militar del jefe de la patriada.

Indiferencia de la Clases Dominantes Argentinas Frente a Latinoamérica

El gobierno mitrista es también el precursor de una característica cimental —y de las más antinacionales— de la política oligárquica, consistente en dar la espalda a Latinoamérica y dedicarse exclusivamente a tratar con el capital europeo. Mientras el Paraguay independiente de López constituía un foco de reagrupamiento de todos los elementos contrarios a la oligarquía porteña, el mitrismo fue declaradamente *latinoamericanista*, en el sentido de reivindicar el derecho de la oligarquía porteña de intervenir en la política de los países vecinos para impedir que el Interior argentino se respaldara en ellos. Pero, liquidado ese peligro, la oligarquía —que vendía y compraba en Europa y en Europa contrataba sus empréstitos— no sentía ya ninguna necesidad de ocuparse de los países latinoamericanos, y rechazaba cualquier intento o planteamiento, por abstracto que fuera, de unidad latinoamericana, porque presentía que eso atentaba contra los intereses del imperialismo inglés. Y las buenas relaciones con Inglaterra era la razón suprema para la oligarquía porteña.

En los primeros momentos del gobierno de Mitre se produce un serio incidente diplomático con empleo de fuerzas navales entre España y Perú. Se realiza en Lima un Congreso continental de apoyo al Perú, y Sarmiento, entonces ministro ante Washington de paso por Lima, se adhiera al Congreso y al ideal de unidad latinoameri-

cana en él implícito, habiendo pronunciado antes en Chile un belicoso discurso americanista, aplaudido por Andrés Bello y excomulgado pontificalmente por Mitre. Mitre lo desautoriza, pues se opone a todo planteo de unidad latinoamericana en los siguientes términos, cristalinamente reveladores de la política mitrista: El solo planteo de la unidad proviene, según Mitre, "de la idea pueñil de la hermandad" (*La Biblioteca*, 281). Me repugnaba, decía Mitre, "tomar por base de las resoluciones de los gobiernos, las consideraciones pueñiles que se hacían valer para motivar la liga de una o más repúblicas americanas. Que la verdad era que las repúblicas americanas eran naciones independientes, que vivían de su vida propia y debían vivir y desenvolverse en las condiciones de sus respectivas nacionalidades, salvándose por sí mismas o pereciendo si no encontraban en sí propias los medios de salvación". Era malo —decía Mitre— "hacer americanas todas las cuestiones con Europa" de cada país. Hablar de la unidad latinoamericana era, para él, "jugar a las muñecas", puesto que la idea de la hermandad de intereses entre las naciones latinoamericanas "no responde a ningún propósito serio para el porvenir". Esta correspondencia de Mitre fue publicada y comentada por Paul Groussac, escritor francés de irrefutable autoridad en materia de mitos y tradiciones solemnes, que, imperturbablemente aferrado a los lugares comunes del liberalismo y al presupuesto del Estado argentino, cumplía en el terreno intelectual la misma función destructora de los intereses nacionales que el ferrocarril inglés en el campo de la economía. Y, por supuesto!, Groussac no encontró en su vasto léxico académico palabras suficientemente gloriosas para elogiar el talento con que Mitre vetaba hasta la idea de la unidad latinoamericana "que sería desastrosa si no fuera química", decía Groussac, y en verdad, de no haber sido tomada por química pudo haber resultado desastrosa para el imperialismo. Y agregaba que la política de dar la espalda a América Latina y repudiar hasta el solo pensamiento de su

unidad "nunca ha sido sostenida con mayor eficacia y tesón que por el presidente Mitre" (*La Biblioteca*).

Por lo demás, conviene señalar que si esta política mitrista de repudiar la unidad latinoamericana respondía al interés general de la oligarquía porteña, que pensaba en términos de lo que mejor convenía a sus arreglos con el capital europeo, obedecía también al muy directo interés de la suboligarquía mitrista de no contrariar al Brasil, que la apoyaba contra el Paraguay y contra el Interior argentino, como también apoyaba las maquinaciones españolas contra los países latinoamericanos del Pacífico. "El Brasil, no la España —decía Alberdi—, es el verdadero peligro del Pacífico. Pinzón (el almirante español que atacó al Perú) hizo escala en Río de Janeiro y Buenos Aires antes de llevar al Pacífico su misión científica. Todo poder retrogrado de Europa que necesite hostilizar a las Repúblicas del Pacífico, encontrará en el Brasil un instrumento siempre disponible". "Ni Montevideo ni la República Argentina —agregaba— tienen un solo motivo de interés geográfico, político o comercial para ser aliados o afectos de los agresores de Chile y de Perú. Sin la presión latente que el Gobierno del Brasil ha ejercido en los dos Gobiernos del Plata, que viven de su oro y gobiernan con sus ideas y sus armas, las repúblicas del Plata hubieran estado en su puesto natural, al lado de Chile y del Perú" (*Obras*, VI, 450, 455, 464).

Justo es reconocer sin embargo que Sarmiento, que escribía a Mitre defendiendo la idea de la unidad latinoamericana, nada hizo en ese sentido cuando él mismo estuvo al frente del gobierno; mejor dicho, obró en sentido opuesto, prosiguiendo la guerra contra Paraguay. Y en igual sentido negativo actuó el gobierno de Avellaneda, continuador del de Sarmiento, pese a que se le presentó una oportunidad excepcional para establecer la unidad económica con Paraguay, fortaleciendo el desarrollo del capitalismo argentino. Pero la oligarquía porteña no tenía más interés que vender y comprar tranquila-

mente en Europa, y dejó escapar la oportunidad. Efectivamente, en 1876, cuando se negociaba el tratado de paz con Paraguay, el gobierno paraguayo ofreció renunciar expresamente a toda pretensión sobre el Chaco y reconocer la jurisdicción argentina sobre este territorio a condición de que los productos paraguayos tuvieran libre entrada en territorio argentino, y los productos argentinos libre entrada en territorio paraguayo. En esencia, la condición consistía en establecer una unión aduanera entre ambos países. Vale decir, que el gobierno paraguayo le ofrecía al gobierno argentino una arroba de yerba a condición de que se le permitiera tomar un par de mates dulces. Pero el Ministro de Relaciones Exteriores de la oligarquía porteña, que lo era por entonces don Bernardo de Irigoyen, de rancia ascendencia rosista, manifestó que el proyecto de unión aduanera debía ser tratado "con prudencia" y terminó rechazándolo porque... "La parte principal de las rentas públicas era formada por los derechos de importación, y la proposición formulada disminuía esas entradas...". Sin embargo, las importaciones desde el Paraguay apenas representaban un 1,8% del total, y el principal producto paraguayo de importación, la yerba mate, constituía sólo un 1,4% de la renta aduanera. De modo que una modificación en ese renglón no podía alterar la situación económica de la República. Sin embargo el gobierno argentino rechazó la unión aduanera y, como ya decía Ernesto Quesada, "sería tiempo de que el país supiera cuáles fueron las razones que hicieron que el canciller Irigoyen rechazara una unión aduanera, ventajosa del punto de vista económico y providencial solución de la cuestión internacional, con la inesperada consagración de todas nuestras más fantásticas pretensiones" (Quesada, 182-193). La respuesta documental no se hallará nunca, pero surge de toda la trayectoria histórica de la oligarquía porteña y en general argentina. Si se vendía en Europa. Si se compraba en Europa. Si los capitales venían de Europa. Si Inglaterra y el Brasil seguramente se opondrían

a la unión aduanera con Paraguay. ¿Para qué complicarse en una política que traería roces con los principales clientes y aliados y ningún beneficio directo inmediato para la oligarquía porteña?

La Presidencia Sarmiento, Ilusiones sin Base

La suboligarquía mitrista trató de perpetuarse en el poder con uno de los Elizalde, pero demasiado convincentes eran las resistencias que levantaba el mitrismo en todo el país, e incluso dentro de la oligarquía porteña, cuyos estancieros estaban ya hartos de aventuras épicas que les traían mayores impuestos de exportación y crecientes malones indios sobre sus estancias. La sucesión de la dinastía mitrista se fue a pique, y en su lugar triunfó un candidato imprevisto y sin partido. Desde la organización constitucional Sarmiento es el primer tipo de un género de gobierno que hasta nuestros días habría de producirse muchas veces a lo largo de la historia argentina, y que a falta de un nombre más apropiado podríamos denominar bonapartista. Con lo cual queremos significar un gobierno que, desarrollando en términos generales la política de la clase dominante, hace de árbitro y se mantiene en equilibrio entre distintos sectores de la misma o entre las distintas clases dominantes incluyendo, en un país semi-colonial como la Argentina, al capital financiero internacional. Sarmiento carecía de partido propio, es decir, podía situarse por encima de todos los partidos. Era relativamente independiente frente al federalismo provinciano y, en menor medida, frente al mitrismo ultraporteno, es decir, podía dentro de ciertos límites satisfacer simultáneamente a la oligarquía porteña y a las oligarquías provincianas, y a los estancieros, tanto como a la burguesía comercial. Por eso la de

Sarmiento fue una candidatura verdaderamente nacional en el sentido muy restringido de que era respaldada por casi todos los sectores de las clases dominantes y no sólo por la oligarquía porteña. En enero de 1856 Sarmiento escribía desde Buenos Aires a un amigo: "Mi situación es la más precaria. No represento nada" (*a Posse*, I, 59). Esta habría de ser su fuerza diez años más tarde cuando todos los que representaban algo estaban ya quemados y desgastados y las clases dominantes hartas de ellos y de los problemas que creaban.

Sarmiento sentía demasiado los grandes problemas de la Nación y estaba bastante por encima del horizonte mental de la oligarquía argentina como para no atisbar la necesidad de una política nacional que favoreciese a las grandes masas. "Todos estos recursos —decía al asumir la Presidencia— deben ser distribuidos y utilizados por leyes previsoras y equitativas para evitar que mientras los elementos de civilización se acumulan en las costas, lo restante del país sea entregado a la barbarie y que salgan luego del bien aparente nuevas calamidades y desórdenes. Las tierras públicas sometidas a un régimen equitativo de distribución fijarán hoy la población que carece de hogar, lo darán a los millones de inmigrantes que vienen en busca de una patria para sus familias y pondrán coto al vagar de las hordas del desierto suprimiendo el desierto mismo... Una mayoría dotada con la libertad de ser ignorante y miserable no constituye un privilegio envidiable para la minoría educada de una nación que se enorgullece llamándose republicana y democrática" (*DSCDN*, octubre 1868). Desde luego, todo esto quedó en palabras, porque Sarmiento era independiente respecto a las distintas fracciones de la oligarquía, pero no respecto a la oligarquía en su conjunto. Por eso no hay en las cuestiones esenciales diferencia cualitativa entre el resultado de su gobierno y el producto del gobierno mitrista, y nada revela mejor esta continuidad que el suicida empeño de continuar la guerra contra Paraguay.

Los Nuevos Partidos al Asalto del Poder

Durante las presidencias de Mitre y de Sarmiento se extinguían definitivamente los viejos partidos políticos argentinos —federal y unitario, rebautizado liberal después de Caseros— y aparece un nuevo tipo de partido, que llenará hasta bien entrado el siglo XX la vida argentina. Federales y unitarios surgen y actúan como órganos de agrupamientos relativamente antagónicos de clases y regiones, y desparecen cuando después de Pavón se produce una conciliación entre los sectores básicos de ambos partidos —burguesía comercial porteña, estancieros porteños, estancieros del litoral— a expensas de las provincias interiores. Desaparecen los viejos conflictos de clase por modificación en la situación de las clases y regiones, y queda el país dominado por los estancieros porteños y del litoral, la burguesía comercial y el crecientemente poderoso capital extranjero. Predomina entre todos estos sectores una unidad de intereses y de objetivos en cuanto al tipo de desarrollo que desean para el país, en lugar del violento antagonismo de los tiempos de unitarios y federales. El Estado argentino presenta todas las características externas de una moderna república democrático-burguesa, pero falta la estructura de clases capaz de sustentar esa organización estatal, porque, a excepción de los estancieros que comienzan a transformarse en terratenientes que explotan sus tierras con arrendatarios, no existen clases modernas, ya que no hay burguesía industrial ni proletariado industrial, ni burguesía agraria. Los nuevos partidos políticos que entonces aparecen no se forman como órganos de ninguna clase de la sociedad argentina, sino como empresas políticas destinadas en primer término a usufructuar el aparato estatal. Idéntica es su composición social e idénticos sus programas. Como observaba Alberdi, el único producto nacional y

propio de la universidad argentina era el abogado, y donde hay más abogados que plenos el sobrante de abogados busca salarios y trabajo en los empleos del gobierno. A su vez, si las universidades no cesaban de producir anualmente más abogados que clientes y empleos públicos encierra el país, los que quedan sin oficio ni clientes, es decir, sin salario, constituían una población flotante que con toda naturalidad se estructuraba en partidos cuya única fundamental diferencia estaba en la clientela que acomodaría en el Estado después de conquistarlo. La política era para esta gente "su sueño dorado y su premio recurso" (*Económicos*, 449). Todas las características de la política criolla, que lo son también de la política de los países atrasados en general, obedecen precisamente a la falta de estratificación moderna de la sociedad argentina. El Estado, las elecciones y los partidos, que en la clásica república democrático-burguesa sirvieron para la lucha por el poder de las clases y sectores de clase propia de la sociedad capitalista industrial, en nuestro país se transforman en un fin en sí. Los partidos políticos buscan el triunfo electoral y el Estado como un negocio, como un medio de vida para sus clientelas. No representan los intereses de ninguna clase o sector de clase, aunque desde luego no pueden menos que reflejar y realizar la política de las clases dominantes.

En 1871 la Sociedad Rural decía, y tenía razones para saber por qué, que los partidos políticos "no encarnan la representación de grandes ideas, sino simples individuos, que no son la expresión de las reformas económicas necesarias, ni la satisfacción de las necesidades públicas, sino simplemente la consecuencia de tales o cuales planes de ambiciones e intereses personales" (*Anales de la Sociedad Rural Argentina*, 1871, 81). Alsinistas, mitristas, crudos, cocidos, nacionalistas, autonomistas, republicanos, etcétera, se mueven sobre la base de los intereses de los estrancieros, la burguesía comercial y el capital extranjero cada vez más poderoso. Es imposible encontrar

diferencias de fondo en sus banderas de lucha y en la composición social de sus cuadros dirigentes. No hay detrás de ellos el interés de clases distintas en lucha por dirigir a su modo la vida nacional. "Por eso es tan rápida la descomposición de lo que imprópiamente se llaman partidos en la República Argentina; y admira tanto a los que no les conocen ver a los principales hombres hoy en un partido, exaltadísimo, mañana en las filas enemigas, exaltadísimos también. Si fuéramos a enumerar los nombres de los hombres que cambian de partido en la Argentina tendríamos que numerarlos a casi todos. Por partido en la Argentina pasarían de un partido a otro es traicionar, que en los demás países pasarse de un partido a otro es traicionar, porque teniendo los partidos principios para cuyo sostenimiento viven, trabajan, luchan y se agitan, los que se pasan de uno a otro abjuran sus principios, toman el nombre de apóstatas; pero en la Argentina los partidos no tienen principios, son personales..." (D'Amico, 125-27).

Los historiadores stalinistas han buscado con lupa algún fundamento social progresivo en algunos de los partidos que surgen después de Pavón, principalmente en aquellos que a través de algunas transmigraciones entroncan con el radicalismo, pero no han encontrado nada, y deben confesar de mala gana que entre los autonomistas de Alsina y los nacionalistas de Mitre, por ejemplo, no hay diferencias de fondo; los diputados y senadores de un partido votan con los del partido opuesto contra otros del mismo sector (Sommi, *Yrigoyen*, 59) porque "no hay en la política una diferenciación absoluta de clase" (*idem*, 71, 75) y "no hay grandes diferencias de clase y de programa entre uno y otro partido. El problema principal que los separa es el control del poder y los beneficios de todo orden que él acuerda a quienes lo tienen en sus manos" (*idem*, 104). Nada queda por agregar a estas afirmaciones.

*Variantes de las Actitudes
Proimperialistas: Mitre y
José Hernández*

Es preciso tener siempre presente que todos los sectores de las clases dominantes argentinas, estancieros tanto como comerciantes, estancieros porteños tanto como estancieros del Litoral, coincidían en desear la presencia del capital extranjero que los ayudase a estructurar el país como un gran productor de alimentos y materias primas para el mercado mundial. Todos eran librecambistas. Esta uniformidad de intereses e intenciones se refleja en la uniformidad con que todos los partidos enfocan los problemas del desarrollo nacional. No hay en ninguno una línea de conducta más o menos sistemática en el sentido de propiciar una política nacional de independencia económica frente al capital extranjero, basada en el desarrollo industrial del país y el fortalecimiento del Estado nacional, y no podía haberla puesto que no existía ninguna clase que por sus intereses aspirase a tal política. Hay, desde luego, aquí y allá chispazos en que algún partido o personalidad esboza una política nacional burguesa frente al capital extranjero, sea por lucidez de algún personaje o por necesidad demagógica de llevarle la contra al gobierno de turno. Pero de inmediato el mismo partido o personaje aparece propiciando una política entreguista peor que la que combatía, y en este sentido los acuerdos se reparten simétricamente entre todas las tendencias en pugna por el poder. Son altamente ilustrativos los casos de Mitre y José Hernández. Nadie discute el carácter oligárquico y antinacional de la política mitrista en general y casi siempre en particular. En cambio hay quien erige a José Hernández en representante de un supuesto nacionalismo democrático revolucionario (Rivera) que sería el fun-

damento de un antimitrismo combativo. Es sabido que Hernández militó en las filas de la Confederación argentina y cuando la guerra del Paraguay expresó consecuentemente el sentimiento nacional contra esa odiosa guerra de la oligarquía porteña. Pero, ¿era la política de Hernández nacional en el sentido de que aspirase a un desarrollo independiente del imperialismo? Por cierto que no, y en este terreno sus planteos serán protópicamente entreguistas, mientras que en determinado momento Mitre, por razones de pequeña lucha política asume una posición nacional que era, desde luego, la perfecta antítesis de lo que él hizo en el gobierno y abandona antes que pueda fructificar. En 1869, un grupo de capitalistas argentinos encabezados por Madero y el infaltable Norberto de la Riestra, y desde luego vinculados a Baring Brothers, al Banco de Londres y otras instituciones igualmente beneméritas de la piratería imperialista, propone construir un puerto en Buenos Aires, a cambio de quedarse con la mitad de los terrenos ganados al río, más otros beneficios igualmente modestos (Madero, 75). Sarmiento acepta la propuesta arguyendo que "el erario público no estará por muchos años en aptitud de llenar las exigencias de tan colosal empresa" y en la Cámara de Diputados el miembro informante defiende el proyecto alegando que "el Gobierno es un mal constructor" y "si interviene en cada manifestación de la actividad humana se expone a ejercer una actividad despótica" (*ídem*, 76, 77). Entonces Mitre, en trance de oponerse a cada paso de Sarmiento, se opone al contrato, critica violentamente las onerosas concesiones que se hacían al capital extranjero y expone conceptos de corte nacionalista como los siguientes:

"se dice que los gobiernos son malos empresarios. Pero hay una porción de empresas que por necesidad y conveniencia pública deben estar radicadas en el gobierno, principalmente aquellas que tienen conexión con los impuestos, las vías de comunicación y las mayores facilidades del comercio y la navegación, obras que los gobiernos deben hacer y que sólo ellos pueden hacer consultando

el interés de todos más bien que la ganancia de unos pocos... Aquí se quiere subordinar el interés general al interés particular, haciéndolo dueño de las posiciones fuertes, en que una vez establecido costará mucho desalojarlo, porque él aplicará toda su energía y toda su inteligencia, no a ensanchar el círculo de la prosperidad pública, sino a acrecentar sus ganancias y a perpetuarse en su posesión... La revolución de ideas que se ha operado a este respecto en Inglaterra últimamente no debe ser desconocida al señor Ministro. El debe saber cómo están reaccionando las ideas en aquel país y los esfuerzos que se hacen allí desde 1844 para rescatar los ferrocarriles, sacándolos de manos de las empresas particulares... El señor Ministro debe saber que (en Inglaterra) el interés privado se ha atincherado en el mismo Parlamento, donde 200 directores de caminos de fierro decidían con su voto de todas las cuestiones económicas que con ellas se relacionan, con el objeto de retener en sus manos una explotación en que percibe sobre el público un impuesto de más de 16 millones de libras esterlinas en dividendos que bastarían en poco tiempo para amortizar la deuda de Inglaterra, aun rebajando las tarifas a la mitad. Si esto sucede en Inglaterra, si allí mismo la sociedad está tiranizada por el interés individual que se ha apoderado de la influencia legislativa para perpetuar sus ganancias en detrimento del pueblo, qué no sucedería entre nosotros, si desoyendo estas severas lecciones tuviésemos la cohardía de entregar a la explotación particular obras del género de la del puerto, que se convertirían en otras tantas ciudadelas del monopolio de las cuales no podríamos desalojar a los explotadores, que podrían llegar a tener por aliados a los mismos poderes públicos, como en Inglaterra". (*Arenas*, 429, 460-62).

Tres años más tarde *La Nación* de Mitre escribía palabras que resultan por lo menos sorprendentes conociendo la trayectoria de la ilustrada expositora de la oligarquía porteña y su socio británico:

"No hace mucho tiempo que un diario indicaba la conveniencia de vender el Ferrocarril del Oeste, puesto que los gobiernos no deben ser empresarios. Poco antes se había indicado, por el contrario, la idea de la expropiación de los ferrocarriles particulares, propósito que, conocido en Inglaterra, fue motivo de grandes alarmas, hasta el punto de que la compañía del Ferrocarril Sud parece que ha enviado con este motivo a su vicepresidente, señor Drabla. Aunque tantas veces se ha tratado esta cuestión, creemos conveniente abundar

en algunas ideas que estableciendo la conveniencia general de la propiedad fiscal de los ferrocarriles disipe sin embargo la alarma de las expropiaciones inconvenientes o prematuras... Para nosotros, en la cuestión de los ferrocarriles fiscales, hay dos argumentos capitales que nos inclinan a su favor. El primer argumento es de hecho: no hay ferrocarril de empresa particular que en servicio y en baratura pueda compararse al ferrocarril del Gobierno que existe actualmente. Esta es al menos la opinión de todos los que viajan en ferrocarril o se sienten de ellos para el transporte de las mercancías. El segundo argumento es que el ferrocarril para una empresa no puede ser otra cosa que un objeto de especulación... Ahora, puede y debe el Estado hacer de su cuenta todos los ferrocarriles o expropiar los existentes? No pensamos que la conveniencia de los ferrocarriles del Estado nos traiga forzosamente a esta última consecuencia. La república no tiene ni la décima parte de las líneas férreas que hoy mismo impulsarían vigorosamente su riqueza. Si un ferrocarril del Estado es más conveniente que otro de empresa particular, mejor que todo serán los dos juntos, el particular que ya existe y el del Estado construido con el dinero que se hubiera empleado en la adquisición del particular... Pero si ni por ahora ni en mucho tiempo puede pensar el país en expropiar los ferrocarriles particulares, puede llegar un día en que hallándose el Estado con suficientes recursos y no haciéndose sentir la necesidad urgente de construir nuevas vías, sea convenientemente entrar a la expropiación de los ferrocarriles de empresas particulares. Para entonces es que debe salvarse el derecho de expropiación. Si la oportunidad de ejercer ese derecho está distante respecto de las compañías actuales, ninguna de ellas podría permitirse negarlo, y por eso nos ha sorprendido la noticia de que el señor vicepresidente de la compañía del Ferrocarril Sud venía a oponerse a una expropiación que por otra parte no creemos que nadie piense en realizar. La facultad de expropiación por causa de utilidad pública y previa indemnización está establecida por la ley fundamental del Estado y ningún particular ni empresa podría reclamar contra ella sin pretender sobreponerse a la Constitución que rige los actos y las personas de la República Argentina" (*La Nación*, abril 16, 1872).

Cabe preguntarse, desde luego, por qué Mitre no se acordó de todo esto cuando firmó la escandalosa concesión de tierras al Central Argentino, desoyendo los consejos de Sarmiento, que a su vez se olvidaba o no podía acordarse de ellos cuando él podía ponerlos en prác-

tica y en cambio hacía suya la política que había criticado en Mitre. Como no dejaron de señalarlo los candidatos aspirantes a empresarios del puerto, la concesión que se les hacía no era mayor que las que Mitre —tan celoso defensor del interés nacional ahora— había firmado gustosamente cuando estaba en el gobierno (Madero, 80). Es verdad también que cuando desapareció la necesidad de oponerse a todo lo que hacía Sarmiento, Mitre apoyó la cesión del puerto a los mismos empresarios que había combatido (*idem*, 81). Y es verdad en fin que su defensa del capitalismo de estado nacional contra las concesiones al capital imperialista no le impedía a Mitre abogar fervorosamente por un librecambismo rabioso que enriquecía a la burguesía comercial y hundía cualquier producción nacional aparte del ganado. “La ley de aduana no es ni debe ser nunca considerada sino como una fuente de renta. Desde que la ley de Aduana se convirtiese en medio de protección, en instrumento de política económica, se desnaturalizaría . . . El derecho de 40 ó 45% es exagerado, es monstruoso; el 30 % lo es también y aún el de 20 y 25 % lo es también. Nosotros deberíamos imitar el sabio ejemplo de Inglaterra . . .” (*Arenas*, 795). Pero con todo esto es innegable que en determinada circunstancia Mitre plantea una política nacional burguesa de resistencia al imperialismo, que se da de puntapiés con la línea directriz de toda su política que conduce a la entrega al imperialismo en beneficio de la oligarquía porteña. Frente a esto, ¿cuál era la política de fondo sustentada por el supuesto nacionalismo democrático de José Hernández?

En 1869, Hernández se opone a la tesis mitrista de que el puerto debía ser construido por el Estado porque, decía Hernández, “un con- tratista particular tiene más derechos que un gobierno” (*Río de la Plata*, setiembre 8, 1869). Y agregaba: “El General Mitre ha dicho que es un error el de aquellos que sostienen que los gobiernos no deben ser empresarios. No sabemos en qué podría apoyarse tan pal-

maria negación de los más obvios principios de la ciencia y de la libertad económica. El *Río de la Plata* ha sido el primero en sostener en la prensa la teoría de que los gobiernos no pueden ni deben asumir el rol de empresarios” (Setiembre 17, 1869). Y empeorándola aún más remataba Hernández: “Nosotros creemos que el Gobierno debiera enajenar la empresa del Ferrocarril Oeste y lo creemos así por la misma razón con que sostenemos que no puede ser empresario del puerto” (Setiembre 19, 1869). Todo esto se casa mal o no se casa de ningún modo con el supuesto nacionalismo revolucionario de Hernández, y en cambio se compagina exactamente con la tradicional política de los estancieros y la burguesía comercial, tan coincidente, en esto con los intereses del imperialismo británico.* Y demuestra también cómo en lo relativo al tipo de desarrollo deseado para el país no había divergencias entre los partidos argentinos, y cuando estas diferencias aparecen resulta que los supuestamente nacionalistas son menos nacionalistas que los clásicos agentes de los intereses más antinacionales.

Pero hay todavía otros casos igualmente ilustrativos aunque de menor significación que el de Mitre y Hernández, y demuestran el tremendo cuidado que hay que tener antes de atribuir a algún nacionalismo revolucionario (para el cual no existían raíces de clase en la sociedad argentina) los transitorios planteos más o menos nacionalistas que no faltan en la trayectoria política de ningún político argentino —ni siquiera de Mitre— como ya hemos visto. En 1868 la Cámara de Diputados discute un proyecto que concede a una empresa extranjera el privilegio exclusivo y la exoneración de derechos para la exportación

* ¿Cómo puede denominarse de otra forma que macaneador impenitente a los charlatanes que escriben una biografía política de Hernández y no sólo silencian estas comprometedoras páginas del autor del Martín Fierro, sino que afirman con toda solemnidad que Hernández representa una política “tendiente a hacer de la Argentina un país capitalista independiente y no una semicolonias” (Rivera, Hernández, 92). ¿Por qué, entonces, defendía al capital extranjero contra el capitalismo de estado nacional, representado tímidamente por el Ferrocarril Oeste?

lación de ganado en pie a los mercados europeos. El Ministro del Interior de Mitre defiende el proyecto en términos que parecen increíbles: "Yo les preguntaría a los señores diputados que hacen oposición, ¿qué va a perder el país con conceder este privilegio? Tenemos 300 años de existencia y hasta ahora nadie ha pensado en llevar un animal en pie a los mercados europeos. ¿Qué perdemos entonces en virtud de un privilegio para hacer una cosa que nadie ha hecho en 300 años? Yo les preguntaría a los señores diputados que si alguien les pidiera un privilegio para ir a la luna, ¿se lo negarían?" (DSCDN, 1868, 461). Encabeza la oposición al proyecto el diputado Quintana, quien expresa: "Yo creo que no debemos tratar este asunto bajo el punto de vista de los intereses de los empresarios, sino primeramente bajo el punto de vista de los productores, que son los únicos que debemos favorecer. Si la empresa se establece ella dará resultados, o los dará malos. Si da malos resultados no es el privilegio que la ha de salvar de la ruina; porque con privilegio o sin él si el negocio no es posible no se hará. Por consiguiente cuando se pide privilegio no se trata en manera alguna de salvar a la empresa de la ruina; se pide únicamente para el caso en que ella dé buenos resultados, a fin de aumentar los beneficios de la empresa con perjuicio de los intereses del país. El señor Ministro dice: hay una razón para conceder este privilegio: en 300 años a nadie se le ha ocurrido lo que al solicitante. Pero esta sería razón para conceder todos los privilegios, y entonces tendríamos al Congreso Argentino destinado exclusivamente a conceder el privilegio, tendríamos el Congreso más monopolizador que se pudiera imaginar" (DSCDN, 462). Y bien: el diputado que hacía este planteo de defensa de los intereses nacionales era don Manuel Quintana, quien años después, como abogado del Banco de Londres, en ocasión de un entredicho con el gobierno de Santa Fe, amenazó al gobierno argentino con enviar una cañonera inglesa a Rosario para liquidar la cuestión. (Palacio, II, 406).

La Política Estanciera de José Hernández

La base real sobre la cual puede transcurrir la política argentina de las últimas décadas del siglo XIX la constituyen las clases dominantes, y a sus intereses se vinculan todos los planteos políticos concretos de la época, aun los más insospechados. Y así tiene que ser, porque la política, como la naturaleza, tiene horror al vacío, y salvo que quede como ejercicio de biblioteca, todo programa político sirve a algún interés real de clase, aunque la intención subjetiva de sus autores fuera otra. He ahí el caso de José Hernández quien en su diario el *Río de la Plata* levanta un programa de protección al gaucho y autonomía de las localidades, abolición del contingente de fronteras, elegibilidad popular de jueces de paz, comandantes militares y consejos escolares, y hasta de los curas (DSDP, junio 18, 1879). Esta política ha sido calificada a la ligera de antidiligráfica, de "auténticamente liberal-nacional" y "tendiente a hacer de la Argentina un país capitalista independiente y no una semicolonias" (Riviera, 92). Pero miremos más de cerca la cuestión. ¿Á qué clase daba expresión esa política "nacional" de Hernández? ¿Al gauchaje? Ya sabemos que esta clase no puede aportar ningún tipo de organización del país distinto al que elaboran los estancieros, como que éste es el tipo de país que se contiene, *in nuce*, en la estructura social anterior a mayo de 1810, que era la época más próspera para el gauchaje. Y por otra parte Hernández aconseja que "debe trabajar el hombre para ganarse su pan" porque "el trabajar es ley" (*Martin Fierro*, estrofa 1153, 1154), que recomienda que no se robe jamás un cobre, y desde luego ni una res, "pues no es vergüenza ser pobre y es vergüenza ser ladrón" (*Ídem* 1166) y aconseja "obedezca el que obedece y será güeno el que manda" (*Ídem* 1164). Evidentemente

que no está reflejando los intereses del gaucho, a quien quiere, no como gaucho sino como peón de estancia, es decir, gaucho domado por el estanciero. Y es precisamente a la clase estancieril a la que viene a servir el nacionalismo liberal de Hernández, que desde el momento en que sirve a una clase de naturaleza y horizonte semicolonial sirve para hacer del país una semicolonía, no una nación capitalista independiente.

¿Hernández defensor de la política estancieril? Esto puede sonar extraño sólo por ignorancia de cuáles eran los intereses de los estancieros de Buenos Aires y el Litoral, que exigían la protección del gaucho como todo patrón defiende su mano de obra. El Estado argentino, muy influenciado por la burguesía comercial porteña, descargaba sobre los gauchos la defensa de las fronteras, y despoblaba a las campañas dejando a los estancieros sin mano de obra. Y por otra parte el sistema de defensa de fronteras en base al trabajo forzado del gaucho era absolutamente incapaz de defender seriamente la frontera, con directo perjuicio de los estancieros que perdían ganado, y jugoso beneficio de los capitanes, jueces de paz y comerciantes de campaña, que explotaban al gaucho en la frontera como peón y traficaban con los indios en base al producto que éstos robaban a los estancieros. (Véase las *Memorias* del general Fotheringham, perfecto conocedor del servicio de fortines, tituladas *Memorias de un soldado*). Contra todo esto, que perjudicaba al gaucho en sus huesos y al estanciero en sus pesos, protesta José Hernández. "¿Qué se consigue con el sistema actual de los contingentes? Empezar por introducir una perturbación profunda en el hogar del habitante de campaña, arrebatado a sus labores... ¿Qué tributo es pantoso es ese que se obliga a pagar al habitante del desierto? ¿Qué privilegio monstruoso es ese que así se quiere acordar a las capitales? Parece que las leyes protectoras no se hubieran hecho para el territorio, sino para la ciudad" (agosto 19, 1869). "La capital de la pro-

vincia se resiente todavía de los privilegios monstruosos del coloniaje. Aquí se ha creado una especie de aristocracia, a la que paga su tributo la campaña desamparada... ¿Cómo se pretende que la campaña únicamente atienda al servicio de las fronteras? ¿Por qué no se hace extensivo ese servicio a los hijos de la ciudad?" (octubre 3, 1869). "La frontera debe ser guarnecida por tropas de línea, organizadas por medio del enganche". Por este mismo programa se movían los estancieros representados por la Sociedad Rural, "ya poniendo en juego la valiosa influencia de personas respetables o bien dirigiéndose al Superior Gobierno para exponerle los votos que el gremio de hacendados hacía para que cuanto antes se tomaran medidas que de una vez librasen al pobre habitante nacional de la campaña de tener que abandonar sus hogares y su familia en la misión para ir a guarnecer las fronteras de una manera inconducente e indefinida" (*Anales Sociedad Rural Argentina*, 1870, 69). La coincidencia no era casual, y no por casualidad el diario de Hernández saludaba entusiastamente en 1869 el tercer aniversario de la Sociedad Rural Argentina (*Río de la Plata*, agosto 26, 1869).

El mismo *Martín Fierro* demuestra cómo la política de Hernández coincidía con los intereses de los estancieros, y aquí la coincidencia aparece más neta todavía que en los artículos de *El Río de la Plata*.

Pocos parecen haber advertido que *Martín Fierro*, ese maravilloso poema nacional, no contiene ningún ataque explícito ni implícito a la clase estancieril. Por el contrario, pinta idílicamente las relaciones entre gaucho y patrón estanciero (59, 26, 27, 28, 29). Y la filosofía que Hernández pone en boca de Martín Fierro es, desde luego, favorable al poder estancieril y a la proletarianización del gaucho (279). Los conflictos del gaucho Martín Fierro —y los de su amigo Cruz, y los de sus hijos— no son con los estancieros sino con el Estado y sus instrumentos de coerción en la campaña: el Juez de Paz, el comandante de Fronteras (30, 31, 32, 82, 165-6,

172, 213, 229). Se dirá que al fin y al cabo ese Estado contra quien se revela Martín Fierro es el Estado de los estancieros. Sí, pero también de la burguesía porteña, y la política contra la cual combate Hernández es precisamente ajena a los intereses de los estancieros, a quienes perjudica despojándolos de mano de obra y reduciendo a casi una farsa la lucha contra el indio, porque jueces de paz y comandantes, en sociedad con los comerciantes, se preocupaban mucho menos de defender las fronteras que de explotar el trabajo de los gauchos arreados a la frontera. El mismo Martín Fierro así lo denuncia (35, 36, 49). Por eso las reivindicaciones de Martín Fierro tienen en vista el establecimiento de un orden que garantice al gaucho su seguridad en cuanto trabajador rural —o sea: mano de obra para los estancieros— y efectiva protección de las fronteras mediante un ejército remunerado, no rellenado con gauchos juntados a viva fuerza (283, 240-1).

Casi todas las quejas que formula el gaucho Martín Fierro las encontramos también en el vocero de los estancieros (*Avales de la Sociedad Rural Argentina*, 1874, 97). Hernández se hacía eco de esto en el *Río de la Plata*.

Preciso es recordar también que pertenece a Hernández la mayor apología hecha de la Argentina estanciera. Para Hernández ja Argentina vacuna podía ser tan próspera y fuerte como la Inglaterra industrial, y nada había de malo en ser un país puramente agropecuario*.

* José Hernández decía en carta a los editores del Martín Fierro: "Antes no se admitía la idea de un pueblo civilizado sino cuando había recorrido los tres grandes períodos de pastos, agricultor y fabril... En nuestra época, un país cuya riqueza tenga por base la ganadería, como en la provincia de Buenos Aires, puede no obstante ser tan respetable y civilizado como el que es rico por la agricultura o el que lo es por sus abundantes minas, o por la perfección de sus fábricas... La ganadería puede constituir la principal y más abundante riqueza de una nación y esa sociedad, sin embargo, puede hallarse dotada de instituciones libres... tener un sistema rentístico debidamente organizado... etc." (Carta a los editores de la octava edición, 133).

*Roca es Apoyado por las Oligarquías del
Puerto y del Interior Además del
Capital Extranjero*

Mitre había quebrado la resistencia provinciana a la oligarquía porteña. Al terminar su gobierno todas las provincias estaban gobernadas por oligarquías locales que se sometían con bastante docilidad a la política porteña. Los gobiernos de Sarmiento y Avellaneda acentuaron la dependencia de las provincias respecto al gobierno nacional, sobre quien la influencia decisiva la tenía, claro está, la oligarquía porteña, el más poderoso sector capitalista del país. En 1879 declaraba Avellaneda: "Hay un hecho que predomina en nuestra situación interior, y es la autoridad y la influencia siempre crecientes que ejerce el Gobierno Nacional en todo el territorio de la República. Es obedecido sin tardanza cuando manda y es escuchado con deferencia cuando aconseja" (Mabragaña).

Quedaba en pie, sin embargo, aunque desprovisto ya de su explosivo contenido histórico, el conflicto en torno a la capitalización de Buenos Aires. Hasta el triunfo de Mitre la capitalización de Buenos Aires hubiera significado la pérdida por la oligarquía porteña de su viejo instrumento de dominación sobre el resto del país. Pero, aplastadas las provincias por los ejércitos mitristas, ya no había peligro de que la capitalización de Buenos Aires redujera el control de la oligarquía porteña sobre todo el país. Podía ya ponerse en práctica el viejo plan político que la burguesía porteña había intentado con Rivadavia y Mitre, que era precisamente capitalizar a Buenos Aires después que las provincias estuvieran derrotadas en cuanto enemigas de la oligarquía portuaria y gobernadas por oligarquías más o menos obedientes a las órdenes del Gobierno Nacional.

Sólo que este plan político de la burguesía porteña fue realizado por Roca, hombre del Interior, pero del Interior ya vencido y domado por la oligarquía metropolitana.

Se ha querido ver en la capitalización de Buenos Aires un paso progresivo (Rivera, 72). Esto hubiera sido así antes de 1863, pero no después, porque en 1880 ya estaba reducida a polvo la resistencia del Interior y del Litoral, de modo que la oligarquía porteña podía continuar siendo el factor decisivo en el país, pese a la capitalización de Buenos Aires y —gracias a su sociedad con el capital inglés, que orientaba toda la economía nacional hacia el puerto bonaerense— a favor de la capitalización de Buenos Aires. La capitalización era un hecho impuesto por toda la historia del país, y hasta Pavón fue la mayor reivindicación nacional contra la oligarquía bonaerense. En esto tenía razón Hernández contra Alem. Pero Alem vio mejor que en 1880, la capitalización acentuaría el peso específico de la oligarquía porteña en detrimento de todo el resto del país.

No es casual que en 1880 la capitalización de Buenos Aires fuera exigida por el comercio porteño —extranjero en su mayoría— y por “las naciones del mundo que están en relación con la Nación Argentina”, según manifestó el senador Igarzábal.

Un periódico de la colectividad inglesa resumía así la cuestión: “La esencia de la cuestión es que, cuando el Gobierno Nacional retorne a esta ciudad, habiéndola federalizado, se habrá establecido el primer paso hacia lo que se denomina un gobierno unitario, porque el Gobierno Nacional será tan fuerte que habrá que considerarlo el único gobierno existente en el país. Las administraciones provinciales serán meras municipalidades, y el gobernante de la República Argentina será Buenos Aires. En la consideración de este problema es innatural el nombre del Presidente o de sus ministros. Podemos tener en la Casa Rosada un santiagueño, un santafecino o un jujeño. Las provincias interiores pueden, incluso, alcanzar una mayoría en el Congreso. El prejuicio, el error y la pasión política pueden marcar nuestras leyes, pero en tanto que

los hombres que las hagan vivan entre nosotros, los gobernantes del país serán nuestros vecinos. Buenos Aires poseerá una influencia sobre la administración que a la larga debe triunfar —una influencia superior a los poderes de la Casa Rosada o la jurisdicción del Congreso, una influencia que es el imperio de la influencia de una gran ciudad, sociedad cultivada, comercio espléndido, maneras finas y costumbres refinadas” (*The Standard*, julio 24, 1880).

Por cierto había un ala extremadamente porteñista de la oligarquía bonaerense que (personificada por Tejedor y reclutada en gran parte entre el partido mitrista, que desde doce años atrás no podía satisfacer su hambre de presupuesto y había fracasado en todos los intentos revolucionarios para sacarlo), no entendía las nuevas condiciones y fue a la pequeña y sangrienta guerra civil del 80, creyendo que la capitalización traería la pérdida de la hegemonía bonaerense sobre el país. Tejedor “era un hombre político que guardaba en 1880 el mismo sentir local y localista de 1852” (Julio Costa, *Roca y Tejedor*, 94), fingiendo no advertir que en 1880 el enemigo de 1852 ya había sido reducido a polvo y que Julio A. Roca —esa especie de archiduque austríaco, según le pareció a Alberdi en 1880— no era el Chacho. El porteñismo de Tejedor en 1880 era anacrónico respecto a los intereses de la oligarquía porteña en su conjunto y del capital extranjero invertido en la Argentina y basta leer sus manifestos para advertir que él y su partido mediomitrista estaban fuera de la realidad. ¿Fuera de la realidad? Sería ingenuo creer que Tejedor y Cía. ignoraban del todo que estaban repitiendo la historia del levantamiento porteño de 1852, pero repitiéndolo teatralmente, ni siquiera como comedia, apenas como farsa. Ellos levantaban el extremismo porteñista como bandera para apoderarse del poder nacional, y a la inversa, Roca levantaba el nacionalismo provinciano con igual propósito. Había bastante demagogia por ambas partes y cada bando gustaba dar a su clientela lo que ésta deseaba escuchar, aunque no tuviera nada que ver con la realidad presente. En 1852

había bases materiales para hablar de un Estado Independiente de Buenos Aires, y hasta de una *República del Plata*. Pero en 1880 ni la oligarquía porteña ni nadie, excepto los restos del partido mitrista desesperados por apoderarse de un presupuesto a cualquier precio, y que, como advertía Roca, "es una especie de casta o secta que se cree con derecho para gobernar la república" (Astengo, 104), podían apoyar a los partidarios de Tejedor. Estos, por su parte, manifestaban que "no reconocerán como presidente de la República a Julio A. Roca si resultara electo" y que en tal eventualidad "trabajarán porque la provincia reasuma temporalmente su soberanía de Estado independiente" (*La Tribuna*, diciembre 23, 1879 y *La República*, diciembre 17). Todo esto estaba tan evidentemente fuera de la realidad del país (las armas mitristas lo habían efectivamente unificado bajo el dominio de Buenos Aires), que Roca en su correspondencia privada podía apuntar al hígado de las debilidades fundamentales del partido tejedurista, provenientes de una de la otra: "Mi única esperanza es Tejedor, que se cree un caudillo, el apóstol del localismo porteño, que es imposible deje pasar un día sin hacer alguna barbaridad. Esta rebelión, incitada por él, favorece en todo al Presidente de la República y a nosotros, y da la medida elocuente de su estupidez" (Astengo, 197). Por eso Tejedor no tenía tras de sí a los Anclorerna, como los tuvo Mitre en 1852, y Roca señalaba que "falta un elemento principal que los mitristas (hoy una décima parte de lo que fueron) tenían a rodar en 1874: *dinero*" (Astengo, 138).

Por eso aquellos que aceptan sin des cuento los desplantes localistas de Tejedor y los aprovechan para reivindicar a Roca como el triunfante campeón del nacionalismo provinciano que aplastó al localismo de la oligarquía porteña dispuesta... (en 1880) a balcanizar el país, padecen de incurable mala fe apenas disfrazada de ingenuidad. No había tal política balcanizadora de la oligarquía porteña, ni su antítesis, el supuesto nacionalismo roquista. Había la

demagogia desenfrenada de un partido desesperado por llegar al poder, que levantaba argumentos localistas gratis a las masas porteñas. Los auténticos representantes de la oligarquía porteña en 1880 no eran Tejedor y su grupo, que no entendían nada de la nueva situación creada en el país por el exterminio de la resistencia provinciana después de Pavón, sino Diego de Alvear, Tomquist y el grupo que desde el primer momento acompañó la candidatura presidencial de Roca. Y con esto queda dicho que es falso presentar a Roca como un candidato puramente provinciano opuesto a la oligarquía bonaerense en bloque, como intentan los apologistas del roquismo. ¿Quiénes apoyaban a Roca en Buenos Aires? Antonino Cambaceres, todo un figurón de la oligarquía más rica de Buenos Aires, presidente del Ferrocarril de la Provincia, a quien Tejedor desistió por ser roquista y que consigue —contra Tejedor— el apoyo de toda la legislatura de Buenos Aires (Galíndez, 90-91). Además, Torcuato y Diego de Alvear y Francisco Madero, que es como decir un puntal del capital inglés en la Argentina (*ídem*, 92). Estaban, por si faltaba algo, entre los electores del comité roquista de Buenos Aires, Carlos Casares, Saturnino Unzué, Félix Alzaga... (*ídem*, 207). Cuando estos elementos "nacionalistas revolucionarios", según los apologistas de Roca, se reúnen en el Teatro Variedades para apoyar su candidatura, Sarmiento pudo comentar que "era en gran número compuesta de los mismos ciudadanos que hace años figuran en la escena política de Buenos Aires y además concurren a sostenerla otros ciudadanos que tienen representación en el comercio o en la posesión de la tierra. Lo que la reunión del Variedades deja en claro es que la candidatura de Roca tiene adherentes en número y en calidad bastantes para ser reputada una candidatura de Buenos Aires, tal como puede ser reputada en cualquiera otra provincia" (Sarmiento, *Obras*, XI, 374). Y el mismo Roca decía en carta privada que "han concurrido numerosos elementos mitristas que simpatizan y trabajan con ardor

por mi candidatura. Estaba ahí todo el «Centro Popular», el núcleo de Ezequiel Paz, los elementos de Unzué, Lezama y muchos otros ricachos, antiguos mitristas. En la campaña son más fuertes y numerosos nuestros elementos. No será difícil que también triunfemos en Buenos Aires, a pesar de todo el poder oficial de Tejedor» (Astengo, 135). El apoyo de este importante sector de la oligarquía bonaerense le permite a Roca disponer del apoyo de varios diarios porteños entre los cuales se destacan —detalle inadvertido por los salmeadores del nacionalismo roquista— los pertenecientes a colectividades extranjeras! «Por lo que a mí concierne —escribe Roca en febrero de 1879— de todas partes tengo las mejores noticias. Aquí mismo (en Buenos Aires) vamos a contar con elementos considerables y ya verá qué movimiento de opinión se levanta. Diarios, no más, podemos contar seguros: «La Tribuna», «La Prensa», «El Porteño», «La República», «El Siglo», «El Comercio del Plata», «Le Courier de la Plata», «Buenos Aires Herald», «The Standard» y «La Patria degli Italiani» (Astengo, 110). Y poco después: «Sea por habilidad o por suerte, la verdad es que hasta ahora no ha habido ningún porteo que disponga o pueda disponer de tantos diarios como yo en un momento dado» (*idem*, 120). El apoyo de los diarios de la colectividad inglesa —es decir, de los comerciantes ingleses radicados en la Argentina— lo acompañó a Roca en toda su vida política.

En diciembre de 1885 Sarmiento lanzaba un violento ataque contra *The Standard*, acusándolo de ser para Roca lo que era el *British Packet* para Rosas (*El Censor*, diciembre 17, 1885). En 1886, cuando Roca fue objeto de un atentado, los comerciantes extranjeros se apresuraron a testimoniarle colectivamente su apoyo, motivando el siguiente irónico comentario de Sarmiento que con el título de «Mitin comercial de pura indignación», escribía: «Tuvo lugar, como se esperaba, el mitin de indignación para condenar el atentado de

que ha sido víctima el Presidente, promovido por algunos argentinos y prestigiado, como es práctica decir, en nombre del comercio, por varias firmas extranjeras, entre ellas fuertes contratistas con el gobierno nacional, prestamistas, etcétera. Concurrieron al Mitin de Indignación promovido bajo tan acreditados nombres, todos los jefes de las casas extranjeras introductoras, todos los establecimientos bancarios, y el personal de los diarios ingleses, franceses, etc.» (*El Censor*, mayo 18 y 19, 1886).

Uno de los aventureros de la pluma que se han dado a reivindicar al roquismo pretende que el comercio extranjero respaldaba a Tejedor contra Roca y cita al respecto la exclamación que Roca pone en una carta cuando se entera de que lo visitará una misión de comerciantes deseosos de evitar la lucha armada con Tejedor: «ahora son los comerciantes extranjeros los que van a arreglar el país» (Ramos, *Revolución*, 228). Trátase de una burda falsificación de hechos perfectamente conocidos. El comercio extranjero apoyaba preferentemente a Roca, como puede verse recorriendo los diarios de las colectividades extranjeras (*). Una excepción era la casa inglesa Hale, ligada a Tejedor por negociados y coimas muy particulares. Y la comisión de comerciantes extranjeros que procura encontrar un arreglo entre Roca y Tejedor queda encantada con Roca y furiosa contra Tejedor. «Pereyra le habrá contado todos los incidentes con los delegados del comercio de Buenos Aires, que se han ido, según dicen, encantados de mí. Tristán Achával me informa que Tejedor recibió torpemente a los que fueron a verlo, a puñetazos sobre la mesa, empujando por tratarlos de impertinentes». Palabras textuales de Roca (Astengo, 196, ver también en Galíndez, 253).

* Sobre el primer mensaje presidencial de Roca decía *The Standard*: «Este mensaje presidencial puede ser aceptado como el prólogo de un Gobierno Nacional más fuerte, más firme y más compacto que todo lo conocido en estos países. Por eso será leído con mucha satisfacción por quienes en Europa tienen bonos o mantienen relaciones comerciales con el Plata» (octubre 15, 1880).

Con todo, el principal apoyo de Roca provenía del Interior. Pero, ¿de qué elementos del Interior? Afirmar que Roca representaba a "las provincias" contra la oligarquía terrateniente y comercial porteña (Tristán, 14) es tan tonto como falso, no sólo porque Roca contaba con el apoyo de un sector poderosísimo de la oligarquía terrateniente y comercial porteña sino también porque "las provincias" son entes abstractos que no apoyaban ni dejaban de apoyar a nadie, puesto que quien hacía la política en el Interior eran las oligarquías provinciales, entidades concretas y menos idílicas que las fantasmagóricas "provincias". Estas oligarquías no eran las montoneras del Chacho o de Felipe Varela, que se habían desangrado contra la oligarquía porteña. Eran las que habían degollado a esas montoneras con el auxilio de las armas porteñas. Su antagonismo con la oligarquía porteña giraba en torno al disfrute de los puestos públicos, pero no entrañaba ni podía entrañar ninguna política distinta respecto a las grandes cuestiones del desarrollo nacional. Y además, las oligarquías provincianas más poderosas, situadas en las provincias industriales como Tucumán y la zona de Guyo, comenzaban ya a entrelazarse con la oligarquía porteña y el capital extranjero. "Los distritos azucareros del Norte de la República —informaba Avellaneda en su Mensaje de 1880— proveen ya al consumo de 7 provincias, y su producción va a duplicarse de una cosecha para la otra" (Mabragaña). Por esos años Ernesto Tornquist —agente notorio del capital financiero europeo en la Argentina— adquiere intereses en la industria azucarera tucumana y Tornquist "es en primer lugar un amigo de Roca" (Tornquist, 26). Tornquist tenía tal autoridad en el mundo financiero, que Payró pone en boca de un comerciante la frase "he tomado todas las precauciones de acuerdo con lo que opina don Ernesto" (*Diversas Aventuras*, 268). Estos intereses provincianos —pero ligados a la Bolsa de Londres— están detrás de Roca. Posse le escribe a Sarmiento en 1879 que todas las familias promi-

nentes de Tucumán apoyan a Roca (*a Posse*, II, 477). Decir que estas oligarquías aspiraban a una política nacional —en el sentido del desarrollo nacional autónomo— es, por lo menos, un exceso de optimismo.

La unidad de la oligarquía porteña y sus colegas del interior en torno a Roca tuvo su expresión política en la fundación del Partido Autonomista Nacional (PAN), organización piramidal manejada desde la Casa Rosada por el Presidente de la República a través de los gobernadores provinciales, y en cuyo seno se realizaba un verdadero frente único de estancieros, comerciantes y capitalistas de todo el país ansiosos por prosperar a la sombra de la paz y la administración roquistas. En el seno del PAN quedó perfectamente comprobado que entre el roquismo y la oligarquía porteña, había una afinidad nativa y electiva.

Precisamente por su vinculación con la oligarquía porteña había sectores de las oligarquías provincianas que no apoyaban a Roca, lo cual demuestra nuevamente que la cuestión fundamental no era "Buenos Aires versus las provincias" sino el partido roquista versus el partido mitrista-tejedunista —ambos con apoyo en todo el país— en lucha a muerte por el presupuesto. "En vano se buscarían los electores por la geografía política, pues el general Roca los tenía en Buenos Aires como en Corrientes y en La Rioja, y el doctor Tejedor los poseía, asimismo, tanto en aquellas como en otras provincias. No era cuestión que los porteños estuviesen de un lado y los provincianos de otro" (Gálvez, 217).

*En el Ejército se Aprende a Ganar
Elecciones y Apoderarse de las
Tierras Públicas*

Desde el comienzo hasta el fin de su carrera política, Roca tuvo un puntal en el Ejército. Los pintorescos apologistas que le han salido a Roca en nuestros días, pretenden que el ejército roquista era "de origen popular", una especie de encarnación con charréteras de la "conciencia nacional" (Ramos, *Revolución*, 239, 241), o si se prefiere, una montonera gaucha con escalafón. Esto es un disparate de bota y sable, porque el ejército del que surge Roca —nos referimos desde luego a la oficialidad, no a la tropa, que es carne de pueblo y cañón en todos los ejércitos del mundo— es ya un ejército burocratizado, con una estructura perfectamente oligárquica. "Estoy conforme —le escribía a Sarmiento su amigo más íntimo— en que la pacificación trae entre sus trofeos la muerte del provincialismo; pero ¿qué haremos del militarismo que viene penetrando hasta en las entrañas de nuestro cuerpo? Si vieras las ambiciones y pretensiones que han surgido en nuestra época, te caerías de espaldas espantado del porvenir. De aquí han ido solicitudes para promociones de oficiales, y para que se den grados efectivos a tenientes coroneles y comandantes de milicia que nunca vieron ni los mostachos del enemigo, y que en esta época no han hecho sino morisquetas a 300 leguas del teatro de la guerra. A este paso vamos a suprimir la graduación por servicio para empezar la carrera militar por General o Brigadier" (*de Posse*, II, 408). El proceso avanzó a partir del gobierno de Roca, quien supo corresponder con privilegios adecuados los servicios que el ejército le prestaba, custodiando el orden y cerrando beatíficamente los ojos a todas las tropelías del roquismo y más tarde del juarismo.

El ejército era nacional, desde luego, en el sentido de que lo integran no sólo porteños sino elementos de todas las regiones del país; pero la política que ese ejército respaldaba era la del creciente enfeudamiento del país al capital imperialista en beneficio de la oligarquía bonaerense y sus satélites menores en las provincias. El "sentido nacional" de este ejército se limitaba a obtener privilegios en los cuartros costados de la república; no llegaba hasta el extremo de oponerse a los escandalosos negociados en beneficio de la Bolsa de Londres ni menos aun a la explotación oligárquica del país en detrimento del 99 % de la población. Jamás la "conciencia nacional" (Ramos, *Revolución*, 241) del ejército argentino le llevó a pensar que regalar la tierra pública entre un puñado de grandes oligarcas, con Roca y su familia a la cabeza, impediría la estructuración de una grande y poderosa nación con los 100 millones de habitantes que soñaba Sarmiento.

Lo que Posse advertía en sus comienzos en la carta de 1876 se fue acentuando después. Y nada más revelador que las páginas escritas por Sarmiento —el creador de las Escuelas Militar y Naval— durante su campaña contra el binomio Roca-Juárez Celman, en 1886. "Nosotros los americanos del sur —escribía en *El Censor*, febrero 10, 1886— hemos descubierto un modo de dar empleo a los ejércitos sin guerra, porque no hay enemigos, y es gobernar con ejércitos creados superiores a nuestros medios y sin proporción con la población. ¿Cuántos ejércitos en pie de paz tenemos? Casi no se interesa el público en estas bagatelas, y mientras tanto se ha visto el domingo que para cada vorante verdadero, había en plaza dos soldados de línea para amarrarlo, y que con votos falsos y todo había en la ciudad capital más soldados que ciudadanos activos". Y el 25 de febrero, con el título de "La Escuela Militar. Curso de quinto año. Arte de ganar elecciones por orden del Estado Mayor de Elecciones", agregaba: "Raro destino de las instituciones humanas. Puede el lector imagi-

narse las ilusiones que se haría el creador de las escuelas militar y naval (el propio Sarmiento). Llamada la República Argentina a ser por su colocación geográfica la segunda edición de los Estados Unidos, esperaba reducir el ejército a las estrictas necesidades de la frontera. (No) teniendo los conocimientos adquiridos aplicación digna en la guerra de indios de frontera, en que se lucen otras cualidades, como las que la *Tribuna Nacional* atribuye al general Roca para motivar sus premios: «tener duras las nalgas para galopar», Maldones y Daza han sido enviados a practicar el arte de ganar elecciones a todas las mañanas a Catamarca. Tenemos entendido que Daza y Maldones escribirán un curso de quinto año para la escuela militar, sobre el arte de ganar elecciones, teniendo, se entiende, el mandar supremo, recibiendo sueldo del tesoro nacional y siendo el candidato no irreconciliable enemigo del Presidente». Y el 1º de abril, ante un artículo de un diario roquista que preguntaba «¿Con qué derecho se hace figurar al ejército argentino en la condición de una fuerza pretoriana que no tiene otra misión ni otro objeto que el de avasallar las libertades públicas?», Sarmiento contesta:

«No sabemos efectivamente con qué derecho se puede hacer que el ejército argentino no tenga otra misión ni otro objeto. Pero el hecho es innegable. El ejército no ha servido durante la administración de Roca sino para avasallar las libertades públicas. Desde el primer año del gobierno del general Roca se hizo manifiesto el propósito de formar un ejército formidable, doblando su efectivo, precisamente cuando desaparecía por completo toda amenaza de coacción exterior, cuando las fronteras no exigían sino fuerzas muy limitadas, y cuando la paz interna misma no podía ser perturbada. El ejército argentino tiene otra misión que la de avasallar las libertades públicas; pero sólo sirve hoy para asegurar el gobierno de las familias de los Roca y pasarla a la de Juárez. Veamos los hechos. Rudecindo Roca está de guarnición en Corrientes con un batallón fijo hace 5 años, sin frontera que guardar. Alejandro Roca tiene guarnición fija en San Luis con un batallón de línea. Agustín Roca es el jefe del arsenal de Zárate, donde están los grandes depósitos de armas y de municiones que se mandan a las provincias clandestinamente. Cuenca,

hermano político de Juárez Celman, guarnece con un batallón fijo a la ciudad de Córdoba hace 5 años. Ataliva Roca es el proveedor de hace muchos años, de los onomés ejércitos y de la armada, a más de las expediciones, guarniciones que se hacen en plena paz, lo que pone al tesoro en los conflictos que han llevado el oro a 155. Póngase una cruz negra en el mapa de la República, en cada uno de los puntos ocupados militarmente por un miembro de la familia Roca, ligados entre sí por los tentáculos viscosos de Ataliva, y saltará a la vista si el ejército tiene otra misión en este momento que la de asegurar el mando y la disipación de los caudales públicos a la familia Roca-Juárez. Agréguese a este plan siniestro el afán tenaz y constante del general Roca de colocar jefes del Ejército en los gobiernos de las Provincias. El coronel Ortega sobre Mendoza, San Luis y San Juan, el teniente coronel Daza sobre Catamarca, el general Raceño sobre Entre Ríos, el coronel Solá sobre Salta, si no aseguran con las fuerzas nacionales a su mando las libertades públicas que nadie puede amenazar sino ellos, garanten por lo menos la denominación de la familia cuyo jefe es el Comandante General de las fuerzas de mar y tierra, y dispone hasta de los sueldos de dichos militares, como se ha visto en el caso de Solá, cuyo sueldo le fue suprimido en presencia de una elección contraria a Juárez... Entró Roca al gobierno y entregó la policía de Buenos Aires a su primo, quien pidió en el acto un aumento de 700 plazas. De civil que era y lo es en todo país civilizado, la policía de Buenos Aires se ha hecho militar y ha sido dotada de armas de guerra... El Ejército de línea no ha tenido otra misión ni otro objeto que el de avasallar las libertades públicas, y cuando ha sido menos ofensivo se le ha usado como el gaucha que pone el facón sobre la plata al tirar sus naipes marcados».

Por esos días apareció un libro sobre los pioneros de la industria nacional y Sarmiento dice al comentarlo, poniendo como ejemplo a los industriales: «Que me vengan a contar a mí las hazañas de los ocho coronelitos que van a ser generales aún con el babero de cadetes al cuello» (*El Censor*, junio 8, 1886).

Pero hay otros testimonios, aparte del de Sarmiento. Carlos D'Amigo, ex gobernador de la Provincia de Buenos Aires, escribe: «La Argentina tiene una escuadra y un ejército incomprensibles en una República que vive en paz con el mundo todo: tenga el valor de

suprimir en absoluto la escuadra y las dos terceras partes del ejército... (170). Y Augusto Belin Sarmiento escribe: "Para decir la verdad sobre el ejército argentino necesitamos pronunciar una palabra terrible... El ejército argentino es un ejército pretoriano. No está organizado actualmente en vista de la defensa nacional, sino para sostener situaciones que el país repudia. El derroche de dinero que motiva el ejército no tiene ejemplo en la tierra. Cada soldado argentino cuesta por año 2.000 pesos, y esto para estar pésimamente equipado, peor vestido y mal alimentado. Una de las erogaciones que pesan más sobre el presupuesto de guerra es la cantidad enorme de sueldos de un número inaudito de jefes, que está lejos de corresponder al efectivo del ejército; lo que constituye una prueba más de que la corruptela ha hecho de los ascensos un medio de premiar la fidelidad hacia los gobernantes y corromper a los jefes con ascensos y dádivas inmerecidas". Para 5.000 soldados había 8 tenientes generales, 10 generales de división, 26 generales de brigada, 132 coroneles, 262 tenientes coroneles y un número mayor de oficiales inferiores. En total 1.630 jefes y oficiales, o sea 1 oficial para cada 3 soldados" (*Una República Muerta*).

Los Ganaderos se Enriquecen Mirando Pacer las Vacas

Llegó Roca al gobierno con un programa que no dejaba lugar a dudas: "Mi opinión es que el comercio sabe mejor que el gobierno lo que a él le conviene; la verdadera política consiste, pues, en dejarle la más amplia libertad. El Estado debe levantar bien alto el crédito público en el exterior y tomar por divisa las palabras del doctor Ave-

llaneda: «economizaremos sobre nuestro hambre y nuestra sed para cumplir con nuestros compromisos...». ¿Los recursos del presupuesto bastarían para esos planes? Bastarán, siempre que se les emplee en garantizar un interés a los capitales extranjeros que vendrán a dedicarse a la colonización. Europa, que rebosa de capitales, sólo espera para colocarlos en la América del Sur, una garantía efectiva, que podemos ofrecerles en tierra y en dinero". (*Le Courrier de la Plata*, diciembre 1879). Ya sabemos todo el crédito que se le puede dar al nacionalismo de Roca, que no era nacionalista frente al capital imperialista, pero gustaba en proclamarse nacional por oposición a Buenos Aires, donde, decía, "no ha tenido tiempo de establecerse el sentimiento nacional, donde los argentinos están en minoría y donde los intereses extranjeros predominan" (*Le Courrier*, enero 1886). De este modo, agitando el problema ya sepultado del antagonismo entre el nacionalismo provinciano y el separatismo porteño, Roca ocultaba prudentísimamente que toda su política conducía precisamente, y en línea directa, a acentuar el predominio de los intereses extranjeros, no sólo en Buenos Aires, sino en todo el país. Cuando todo el problema nacional consistía en impedir que el país se transformase en peón de la Bolsa de Londres, Roca pretendía reivindicar como nacionalismo el llenar los puestos públicos con provincianos en reemplazo de porteños mitristas. Era una zorruna maniobra política. Lo trágico es verla prohibida décadas después como norma de estrategia antiimperialista por los retrasados turiferarios del roquismo.

Indiscutiblemente, con Roca las oligarquías provincianas que respaldaron su candidatura obtienen una mayor participación en el manejo del Estado, y en este sentido es el de Roca un gobierno provinciano. El mismo escribía: "Su recomendado acaba de ser nombrado miembro de la legación en París. Siempre es bueno tener un provinciano de Presidente, pues así éste se acuerda de los jóvenes meritos en nuestras provincias. En tiempos de Mitre este fenómeno no se

presenciaba nunca" (Astengo, 30). Pero esta participación provincial en el gobierno era en carácter de asalariados, al servicio de una política general dictada por los intereses generales de la oligarquía porteña y sus satélites menores en las provincias. No se trataba ni podía tratarse de una política al servicio de intereses específicos del interior provinciano, porque ya Mitre había arrasado las condiciones para cualquier política de ese tipo. Roca, que no era un político salido de la oligarquía porteña, gobernó junto a ella y para ella, esforzándose en calmar las desconfianzas que su origen pudiera provocar en algunos círculos de la oligarquía bonaerense.

Desde luego, un programa "nacionalista" de este tipo debía hallar su más rendido apreciador y admirador en la Bolsa de Londres, que agasajó a Roca, apenas terminado su gobierno, con un banquete en la City, al que asistieron los más empingorotados personajes del imperialismo inglés, con el jefe de la Casa Baring Brothers a la cabeza, amén de algunos patricios argentinos de esa ralea que ha ocupado los directorios de empresas imperialistas a lo largo de varias generaciones: García Merou, Rodríguez Larreta, Terrero, Paz, de la Plaza. "Soy tal vez el primer ex presidente de la América del Sur que haya sido objeto en Londres, este clásico y vasto centro de la libertad, de una demostración semejante por un número tan escogido de caballeros. Qué mejor testimonio puedo presentar en este acto de la consideración en que están la República Argentina y sus hombres públicos, ante los gremios de las altas finanzas y comercio europeos... He abrigado siempre una gran simpatía hacia Inglaterra. La República Argentina, que será algún día una gran nación, no olvidará jamás que el estado de progreso y prosperidad en que se encuentra en estos momentos, se debe en gran parte al capital inglés" (Astengo, 437). Era el credo tradicional de la oligarquía portuaria, que Roca repite casi con las mismas palabras de Mitre. Poco después, pasando de la teoría a la práctica, Roca gestionó en Londres un empréstito de 10

millones de pesos oro (*idem*, 438). Así era el nacionalismo roquista, en quien un pequeño y revolador plomífero describe en nuestros días "el nacionalismo más profundo, la visión global de la patria" y hasta "el perfume del pasado" (Ramos, *Revolución*, 239). La verdad es que a este argentinismo a la Roca le sobraban títulos para cotizarse subidamente en la Bolsa de Londres. Oía a Baring Brothers, el perfume usurero más exquisito de la época.

La presidencia de Roca —y luego la de Juárez Celman—, fue testigo de un notable crecimiento de la economía argentina. Baste recordar que entre 1880 y 1890 la producción agraria, se eleva del 1,4% al 25% de las exportaciones argentinas (Hanson, 8). Los dueños de tierras y vacas se enriquecieron progresivamente, por la dulce razón que los precios de sus exportaciones subían con ritmo de marea, mientras los salarios pagados por ellos quedaban estancados (Williams, 88). Este famoso progreso de la economía nacional era de veras "natural", en el sentido de que se producía fundamentalmente por razones casi tan ajenas a un control racional como las lluvias, en virtud de los requerimientos del mercado mundial y sobre todo del mercado inglés, al que la industrialización de Estados Unidos estaba planteando la necesidad de nuevos abastecedores de alimentos a bajo precio. Y era natural en el sentido de que la oligarquía estancienl, la concesionaria del agro argentino, el decisivo sector productor del país, tuvo la más completa despreocupación por acelerar y dirigir en beneficio del país ese desarrollo "natural". Las estancias eran atrasadas, huérfanas de adelantos técnicos y métodos de dirección eficientes. Los tremendos beneficios que la cría del ganado arrojaba provenían exclusivamente de la fecundidad de la Pampa y del vigor patriarcal de los toros pampeanos (Hanson, 11-12). Cuando apareció en el horizonte la industria frigorífica, con sus tremendos beneficios en perspectiva, los estancieros dejaron que el capital imperialista la implantase controlando el campo —perjudicando a la

larga a los propios beneméritos acaparadores de la tierra. Toda la burguesía terrateniente argentina se mostró pordiososamente incapaz de reunir un millón de patacones para construir un frigorífico que hubiera permitido comer a carillos a los mismos concesionarios de todas las vacas (Hanson, 51, 131). La más pantanosa falta de iniciativa capitalista caracteriza a la oligarquía argentina, a quien (vaya uno a saber por qué sibilina razón el profesoral cronista Carlos Ibarguren designa como "un magnífico patriciado selecto por su talento" (Ibarguren, *Rosas*, 52). Lo menos que se le podía exigir a ese patriciado bicombe es que levantase una industria frigorífica nacional, y hasta de eso fue incapaz, aunque tal vez sólo por pura sumisión a sus patrones del Tamesis.

Sarmiento tuvo ocasión de observarlo, en la época y sobre el terreno. En un artículo titulado *La Canción de siempre: carnes frescas y ganaderos calientes*, decía:

"Hace 20 años valía más una libra de manteca que una vaca con ternero. Esa es la síntesis de nuestro espíritu industrial, esa es nuestra desidia y la índole de nuestra actividad nacional... decídesle a los ganaderos que votaremos una ley garantizando con 6 % todo capital que se dedique a duplicar el valor de sus productos. La recibirán llenos de júbilo; pero decídesles que esta duplicación se hará sobre un costo aleatorio que subirá en los peores casos a tres cobres por cabeza vacuna y a medio por cada cabeza lanar, y os harán los argumentos contra el ferrocarril, contra el monte y contra el cercado. Prefieren ir a pie a la loma del diablo que pagar 8 centavos por andar en coche cuatro leguas. Ahora están en ese afán. No quieren saber nada de derechos, de impuestos a la hacienda. Quieren que el Gobierno, quieren que nosotros que no tenemos una vaca, contribuyamos a duplicarles o triplicarles su fortuna a los Anchorena, a los Unzué, a los Pereyra, a los Luros, a los Duggan, a los Cano, a los Leloir, a los Pelero y a todos los millonarios que *pasan su vida mirando cómo paren las vacas*. En ese estado está la cuestión, y como resulta que las cámaras están también formadas por ganaderos, veremos mañana la canción de siempre, el pagar de la guitarra a la sombra del ombú de la Pampa y a la puerta del rancho de paja". (El Censor, enero 9, 1886).

Y días después agregaba:

"La industria ganadera, la única verdaderamente nacional, carece entre nosotros del gran desenvolvimiento que tiene en otros mercados, más perspectivas y previsores. Nos hemos limitado a la cría de ganado sin otro horizonte que el saladero, fuera de los canales de abasto. La cruce y mejora de razas cuenta muy pocos años en nuestros mejores establecimientos. El estanciero criollo no tiene iniciativas, obedece a la tradición colonial de las procreaciones naturales, a la explotación primitiva de cueros y lanas, que todavía se exportan tal como resultan de la esquila... Tenemos datos sobrados para demostrar que la exportación en condiciones frigoríficas asegura la prosperidad del comercio que se consagre a ella. Pero, se nos preguntará si ésta es una seguridad absoluta, por qué no se exponen los capitales interiores, los capitales excedentes de los mismos ganaderos, ricos, muy ricos, en su mayor parte. Porque por grandes que sean esos capitales, contestaremos, no solamente son insignificantes con relación a los que se necesitan (aquí Sarmiento rinde tributo a un prejuicio de la época; el capital necesario giraba alrededor del millón de pesos, suma harto accesible para los socios de la Sociedad Rural según Hanson) sino porque nuestros hacendados no entienden jota del asunto, y prefieren hacerse un palacio en la Avenida Alvear que meterse en negocios que los llenarán de aflicciones" (El Censor, enero 21, 1886).

Crecía la economía argentina, sí. Pero con la soga del capital imperialista al cuello, y corroída interiormente por el cáncer creciente del latifundio.

La agricultura argentina desarrollábase supeditada al monopolio oligárquico sobre la tierra nacional, de modo que arrastraba desde el vamos una crisis estructural, que sólo a partir de la crisis cíclica de 1929 quedaría perfectamente en evidencia. Más de la mitad de la cosecha de cereales la levantaban chacareros arrendatarios, inmigrantes, que no tenían ningún motivo para abstenerse de sacar de la tierra todo lo que podían antes de que el terrateniente los echara, dejando así la tierra exhaustiva. Poco a poco los grandes estancieros fueron mejorando sus ganados y establecimientos, pero la agricultura, explotada por arrendatarios permaneció en el atraso, con su sistema de una sola cosecha, de arrendamientos inestables (Hanson, 114).

*El Ideal de los Usureros Internacionales
(Crecimiento Progresivo y
Endudamiento Explosivo)*

Bajo la administración de Juárez Celman la red ferroviaria aumentó en 3.000 kilómetros. "Este único hecho justificaría la presidencia de Juárez Celman" (Rivero Astengo, 426). Tal es la opinión de un historiador allegado a la oligarquía, recogida ahora por algunos apologetas marxistas (?) que le han salido a Roca. Por extensión, ese criterio justificaría toda la política roquista, del 80 al 90, en que crecen no sólo los ferrocarriles, sino toda la economía nacional. Pero ocurre que la oligarquía argentina fue traicionadamente incapaz de impedir que ese crecimiento fuera del brazo con la ocupación del país —como tierra de nadie— por el imperialismo, que tomaba bajo su control todos los puestos claves y lucrativos de la economía nacional. Y esto se explica, dada la naturaleza de la clase nacional dominante en el país, pero no se justifica, si por justificarse quiere significarse absolver de culpa y cargo a una clase parasita y cegatona, antinacional por su parasitismo incluso allí donde por interés le convenía defender en cierta medida la independencia económica del país, y que sin embargo pretende autocalificarse de "magnífico patriarcado", según la bobería solemne ya citada.

El capital extranjero invertido en ferrocarriles aumenta en 236 millones de pesos oro entre 1885 y 1890 (Williams, 51). En 1892 la República Argentina debía al extranjero 922.545.000 pesos oro por concepto de empréstitos y capitales invertidos en empresas privadas. Cerca del 85 % de esa deuda se contrajo en la década 1880-1890, y alrededor del 70 % en los cinco años 1885-1890 (Williams, 61). Desde el punto de vista de la Bolsa de Londres, es evidéntísimo

que esto sólo bastaría para justificar al roquismo y a Juárez Celman. En 1881 la Argentina destina al pago de intereses y ganancias de los inversores extranjeros el 20 % de su ingreso en divisas; en 1884 el 40 %, en 1887 el 44 %, al año siguiente el 49 %, en 1889 el 66 %. En segunda la crisis (Staff Papers, 81). Recordemos que Estados Unidos, a todo lo largo de su historia entre 1821 y 1914, lo más que destinó al pago de inversiones extranjeras fue el 11 % de sus ingresos en moneda extranjera (*ídem*, 73).

Más se endeudaba el país al capital imperialista, más el capital imperialista —inglés en un 99 por ciento— se consideraba soberanamente dueño de la soberana República Argentina. El Presidente Avellaneda, a quien su provincialismo no le impedía proclamar en su mensaje de 1877 que "el capital extranjero es el primer agente de nuestro progreso", debía reconocer en el mismo lugar que "las garantías acordadas a los ferrocarriles gravitan con enorme peso sobre el erario, y basta, para que el Congreso lo comprenda, una sola cifra. Según las cuentas presentadas por el director del Ferrocarril del Oeste, el Gobierno deberá pagar por la garantía correspondiente al año de 1876 la cantidad de 328.000 pesos fuertes. He tocado delibradamente este asunto porque es necesario advertir en alta voz a los directores de estos ferrocarriles, que necesitan vigilar sus gastos de explotación, y que no hay justicia ni equidad en desprenderse de todo cuidado teniendo solamente en cuenta que el gobierno argentino paga con paciente resignación el valor total de las garantías ofrecidas. Quería, además, agregar una palabra en justa reivindicación de nuestra honra: hemos pagado hasta este momento todo, y lo hemos pagado sin investigaciones prolijas, y hasta casi sin examen, *porque este es uno de los rasgos de nuestro carácter nacional* (subr. nuestro). No hay así sino verdad y muy grande cuando un día hemos rechazado esas voces colmadas de injusticia y que tendían a deprimirnos en nuestro crédito porque pedimos antes de abonar unas cuentas que

se nos mostraran los libros de donde habían sido extraídas" (Mabrita gana). Ya se ve que para Avellaneda era rasgo del carácter nacional argentino la propensión de la oligarquía a rifarle el país al capital imperialista. Entre tanto el capital imperialista se sentía cada vez más dueño de casa y montaba un escándalo internacional porque el gobierno argentino "se atrevía" a pedir a una empresa inglesa que mostrara sus libros... En 1884 Roca decía en su Mensaje: "Si fuera necesario presentar demostraciones de los grandes resultados que obtienen en este país los capitales extranjeros, el cuadro actual del Ferrocarril Central Argentino sería una de las principales. En 1872 sus entradas fueron de \$ 849.058 y su producto líquido de 417.057. Once años después, los ingresos subieron a \$ 2.021.031 y el producto líquido a 1.385.472".

¿Y era necesario, imprescindible, inevitable para el país soportar esta creciente carga de su endeudamiento al capital financiero internacional? ¿No se lo podría reducir a límites que dieran al país mayor libertad de maniobra y evitasen que la mayor parte de las exportaciones fueran a parar a la caja de compañías extranjeras? Sí, era perfectamente posible reducir el enfeudamiento al capital británico. Sólo hacía falta una clase dominante con intereses capaces de darle una orientación nacional a su política. En 1888 Juárez Celman anunciaba en su Mensaje que 'toda la deuda externa puede quedar extinguida en 8 años' si a eso se aplicaran las exportaciones.

Por cierto que algunos políticos de la oligarquía argentina advirtieron que el país se estaba enmarañando con una red que le sería muy trabajoso romper. Pero sus advertencias fueron meros ejercicios literarios que no se tradujeron en acciones políticas, y ni siquiera en programas. Ahí está el caso de Carlos D'Amico, ex gobernador de la Provincia de Buenos Aires, quien con su estilo particularmente ágil escribía:

"Los últimos años que han mostrado una prosperidad tan notable, que han

despertado la codicia de todos los usureros de la vieja Europa que gobiernan el mundo y aumentan sus caudales con las calaveradas de los ricos americanos del sud, que les piden prestada a cualquier interés, y les hipotecan todo su caudal con tal que les faciliten millones que derrochar en una vida fácil de placeres indolentes, de lujos orientales, de estériles agitaciones; los últimos años, la Argentina ha cubierto el déficit anual entregando a Europa 300 millones de cédulas hipotecarias, recibiendo empréstitos provinciales por 70 millones que le ha devuelto y recibiendo el oro de infinidad de empresas comerciales, de ganancias seguras, que van todas a enriquecer a los europeos empobreciendo a los argentinos; y mandando en oro 36 millones de pesos en dos años. Ahora dominarán la crisis con los 41 millones de los ferrocarriles de Buenos Aires, lo que importa entregar perpetuamente al extranjero 3 ó 4 millones de pesos que anualmente tendrán que sudar los hijos de ese país; con los 45 millones de un empréstito nacional; con 20 millones de un empréstito municipal; y quién sabe con cuántos millones de papeles de crédito. Sólo en el mes de marzo salieron para Inglaterra 6 millones de pesos en acciones del Banco Nacional, muelles de Las Catalinas y cédulas hipotecarias. Con esos 150 ó 200 millones de pesos dominarán la crisis, porque pagarán sus deudas; pero en vez de mejorar su situación la habrán empeorado, aumentando su deuda anual en 7 millones de pesos, que harán pasar su déficit anual de 100 millones! Parece que la República Argentina no sintiera que se resbala en la pendiente rapidísima de su ruina, y quizá de la pérdida de su independencia... Así, cada crisis, es dominada aumentando las causas que la produjeron: el empréstito, la concesión de grandes negocios a capitales extranjeros, la hipoteca de todas las tierras públicas y de las particulares; la venta en Europa de las tierras nacionales y el aumento de los gastos de la nación. Cuanto mayor es la producción, mayores son los gastos... Dominada esta crisis, otra vez serán deslumbrados por las riquezas excepcionales de esa tierra privilegiada, y volverán a las andadas, y cada cinco años tendrán una crisis cuyos peligros irán creciendo en proporción geométrica, hasta que llegue un día en que deban a los judíos de Londres y Francfort todo el valor de sus tierras; en que los usureros del otro lado del mar sean dueños de todos sus ferrocarriles, de todos sus telégrafos, de todas sus grandes empresas, de todas sus cédulas, y de las 50.000 leguas que les hayan vendido a vil precio. [Esto fue escrito en 1892!] Cuando no tengan más bienes que entregar en pago empezarán por entregar las rentas de sus aduanas, seguirán con entregar la administración de todas sus rentas; permitirán, para garantizar esa administración, la ocupación

de su territorio, y concluiría por ver flojar sobre sus ciudades, en sus vastas llanuras, en sus caudalosos ríos, la bandera del Imperio que protege la libertad de Inglaterra, pero que ha esclavizado al mundo con la libra esterlina, cadena más fuerte y más segura que el grillo de acero más pesado que haya usado jamás ningún tirano. Y no rían los argentinos en su vanidad de esta predicción. Por mucho menos que lo que ellos hacen, el Egipto está en la garrra del León inglés... Todas las proclamas sobre las ventajas que el país reporta con la introducción de capitales extranjeros son mentiras calculadas para sacarle al argentino crédito e indolente, hasta el último peso que le haya producido su tierra, como el suave movimiento de las alas del vampiro sirve para sacar hasta la última gota de sangre de su víctima dormida. Si los argentinos quieren salvarse, deben impedir que los extranjeros que viven fuera del país puedan comprar ni vender sus propiedades raíces sino pagando un impuesto del 30 % de su valor venal; deben recargar con impuestos mayores 10 veces al menos todo banco, casa de comercio, o empleo de capital extranjero, que no sea una industria radicada en el país". (*D'Amico*, págs. 160-61; 165-66; 168-9).

Sarmiento, sin ser tan agudo como D'Amico en la percepción de los detalles de la penetración imperialista y en el planteo de soluciones drásticas para frenarla, veía también con claridad lo que se le venía encima al país, y lo denunció con su voz de montaña más atornadora que nunca en esos dos últimos años de su vida que dedicó a combatir el roguismo. En 1885 funda *El Censor*, para combatir a Roca-Juárez Celman. Y en su primer número, el 1 de diciembre de 1885, en su manifiesto programático, escribe:

"Por sobre todo este cuadro, campea una cualidad común a todos estos países. México, Ecuador, Perú, Venezuela, están acibillados de deudas, de empréstitos, y declarados más o menos insolventes en la Bolsa de Londres, lo que quiere decir que el desorden se cotiza en aquel mercado descolgando sobre todos ellos, como el sol de sus armas, la gloriosa República Argentina, con cosa de TRES CIENTOS MILLONES de deuda conculada, la mitad en plena paz, en la administración actual, con promesa de continuarla y apurarla. Por ahora, la República puede en materia de deudas exclamar con orgullo:

*Calle Esparta su virtud,
Sus hazanas calle Roma,
Silencio! que al mundo asoma
La gran devadora del sud.*

"Nadie debe más que ella. Es justicia que debe hacerse!". Y de ahí en adelante siguió la campaña de Sarmiento contra la creciente entrega al imperialismo y contra su aliado inseparable, el ensanchamiento del latifundio. "Chile ha tomado en Londres empréstitos a 97½, mientras que la República Argentina, bajo la administración actual, no pudo negociar en la Bolsa a ningún precio, y ha tenido que pasar por las horcas caudinas de un *complot* de usureros franceses e ingleses que le han dado dinero con la usura de un real al peso, como hacen los judíos con los mozos de familia calaveras" (diciembre 17, 1885). "Para obtener un empréstito se *ha necesitado cargar a nuestros hijos 15 millones de comisión y usura*, no recibiendo sino el resto de los pretendidos 42 millones, pero reales, para pagarlos, por su valor nominal a los acreedores... y a más de las usuras de 15 millones tenemos que mantener un ejército de 10.000 hombres y una marina formidable, y a los que lo contrajeron, y en menos de un año la Patria, agradecida a sus guardianes amados, ha desbaratado 100 millones de valores en tierras públicas adjudicadas al precio de 400 nacionales cuando valen 10.000 fuertes en unas regiones y hasta 3.000 en las menos favorecidas" (enero 1, 1886). "LA LIMA DE BARRING. — Los que viven y merodean en torno del poder de Roca, esos no tienen indignaciones, su oficio es roer, se llenan de regocijo al ver llegar aquí las pilrrotas y se tapan los ojos, cierran sus oídos, a la sola noticia de los millores que embolsan los Baring, y los Morgan, que a la hora presente retiran a carcajadas de South America a costa de nuestro porvenir y de nuestros bolsillos" (enero 12, 1886). Y en abril de 1886, en aquel discurso que definió el gobierno de Roca como "Paz y administración léase remingtons y empréstitos", Sarmiento dice: "Esta administración que quiere perpetuarse nos ha dejado ya en la calle. Nadie ha desmentido al *Journal Do Comercio* cuando ha demostrado que cada argentino nace debiendo más de lo que pesa, en plata... Chile ha negociado a 97½ los fondos que a nosotros nos negaron a 73, hasta que hipotecamos las aduanas y las rentas. Tendríamos que pedir permiso a los usureros de Londres para defendernos de Chile. (Este pronóstico se cumplió. Datos de Tomquist), pero nada nos defendió de los proveedores de la casa reinante, que se llevaron la mitad de la mitad que nos quedaba

(abril 6, 1886). En carta privada a su amigo Posse, Sarmiento había escrito en setiembre de 1885: "Vamos tranquilamente al abismo; viéndolo unos, a ciegos los más; empujando algunos. Se deben 300 millones. Créese que Pellegrini ha arreglado el empréstito, bajo la tutela del sindicato. Cuestión de Egipto! y deudas nacionales no pagándose cuando son enormes, nosotros quedaremos por un siglo bajo la inspección ahuanaera. Vamos a elegir nuevo gobierno. Buscáronse nombres que para la Bolsa de Londres, no para la nuestra, fueren garantía o prenda" (a Posse, t. 2, 535-36).

Observemos que D'Amico y Sarmiento eran antirroquistas. Toda la brillante intelectualidad que rondaba en las antecelas de Roca y Juárez Celman, todos los Eduardos Wildes de mayor y menor cuantía literaria de quien se pretende que "plantearon en sus obras literarias o políticas los temas más ardientes de nuestra realidad" (Ramos, *Revolución*, 233) fueron absolutamente ciegos para el más candente de esos problemas, que era el creciente enfeudamiento al imperialismo. Por lo demás, ellos embolsaban sus buenas migajas que dejaban caer los empréstitos. Los hombres que perciben el gran problema nacional argentino de las últimas décadas del siglo pasado y de todo el actual, el problema de la independencia frente al capital imperialista, son antirroquistas. El roquismo sigue entre tanto cantando la letanía del agradecimiento a Inglaterra, del capital extranjero que promueve nuestro progreso, etc. Es otra curiosa peculiaridad de este nacionalismo roquista-entreguista, recién disepulto y "con perfume del pasado".

En todo y por todo fue Roca un perfecto hijo político de aquel presidente Avellaneda —provinciano también— que proclamó la obligación de ahorrar sobre el hambre y la sed del país para abonar las ganancias del capital imperialista. La filosofía proimperialista de Roca era esencialmente la misma de Avellaneda, que se resumía en párrafos como estos: "Nuestro crédito exterior no solamente se refiere a la cotización de los empréstitos en la Bolsa de Londres, sino que significa el llamamiento al capital extranjero que es el primer agente de

nuestro progreso" (*Mensaje* de 1877). Que José Hernández y otros federales antimirristas apoyaban a Roca, autor de semejante política proimperialista de corte verdaderamente mirrista, prueba una vez más que Hernández no encarnaba ninguna política nacional en el sentido de aspirar a un desarrollo nacional independiente del imperialismo.

La Conquista del Desierto por el Latifundio

La carrera política de Roca se halla evidentemente ligada a su éxito como conquistador del desierto y liquidador del problema indio*. Pero la conquista del desierto sirvió para consolidar a la oligarquía y acrecentar su poderío, de modo que Roca resulta el ejecutor consciente de una política oligárquica y un verdadero héroe de la oligarquía. Vale la pena detenerse un segundo para analizar qué fue la famosa conquista del desierto.

Cuando Roca decide emprender su campaña, el indio estaba ya muy lejos de ser un enemigo siquiera medianamente formidable. Es Roca mismo quien plantea el problema en sus verdaderos términos cuando expone su plan ante el Congreso: "En la superficie de quince mil leguas que se trata de conquistar, comprendidas entre los límites del Río Negro, los Andes y la actual línea de fronteras, la población indígena que la ocupa, puede estimarse en 20.000 almas, en cuyo número alcanzarán a contarse de 1.800 a 2.000 hombres de lanza... Su número es bien insignificante en relación al poder y a los medios

* "La historia del General Roca se compone solamente de cuatro páginas brillantes: Curupaytí, que le hizo comandante; Naembé, que le hizo coronel; Santa Rosa, que le hizo general; y el Río Negro, que le hará presidente" (*La Tribuna*, julio 29, 1879).

de que dispone la Nación. Tenemos seis mil soldados armados con los últimos inventos modernos de la guerra, para oponerlos a dos mil indios que no tienen otra defensa que la dispersión, ni otras armas que la lanza primitiva" (Informe de 1875). La hazaña de conquistar el desierto no era como se ve de las que abren las puertas de la gloria. Pero para la oligarquía argentina, y muy particularmente para los estancieros, tenía una significación tremenda. Recuérdese que en 1875 la frontera estaba en algunos puntos a menos de 300 kilómetros de la Capital. Y esto tenía una doble consecuencia. Por un lado, faltaba espacio en todo el país, y sobre todo en la provincia de Buenos Aires, y no se contaba con campos para expandir la producción ganadera. Por otro, los estancieros sufrían pérdidas tales que en 1872 el ejército consiguió rescatar sólo una pequeña parte de lo alzado por los indios y ella ascendía a 150.000 vacunos, 40.000 ovejas y 20.000 yeguarizos (*idem*).

Además, la conquista del desierto sirvió a la oligarquía para fortalecerse en cuanto latifundista y especuladora, incorporando a su haber increíbles extensiones de tierra que, en sus manos sirvieron para frenar el desarrollo nacional. Terminada la conquista del desierto, el Estado se desprende en 1885 en favor de 541 particulares de 4.750.471 hectáreas. (Si, no hay ningún error: 4.750.471 hectáreas entre 541 personas) (Oddone, 218).

Desde luego los verdaderos conquistadores, los soldados, no obtuvieron nada en el reparto, "pobres y buenos milicos! —dice el comandante Manuel Prado, citado por Yunque— habían conquistado 20 mil leguas de territorio y más tarde, cuando esa riqueza enorme pasara a manos del especulador que la adquirió sin esfuerzo ni trabajo, muchos de ellos no hallaron un rincón mezquino en qué exhalar el último suspiro. Al ver después despilarrada la tierra pública, marchantada en concesiones fabulosas de 30 o más leguas, daban ganas de maldecir la conquista, lamentando que todo aquel desierto no se

hallase en manos de Peunque o de Sayhunque" (Yunque, 290). En resumen, la conquista del desierto sirvió para que entre 1876 y 1903, es decir, en 27 años, el Estado regalase o vendiese por monedas 41.787.023 hectáreas a 1.843 personas. De tal modo quedaba sellado, lacrado y remachado el proceso de acumulación latifundista. Inútilmente Sarmiento se proponía en 1885 "traer los antecedentes y el origen de la expedición al Río Negro, a fin de fundar la crítica que haré a su tiempo de la expedición que ha tomádose en un crimen derrochando toda la tierra pública y regalando a cada oficial y comandante para comprarles el voto" (a Posse, II, 552) (*Crítica al latifundio. La apropiación de la tierra de tiene la colonización*, ver Sarmiento, *Obras*, XII, 40-1; 143; 301).

En Estados Unidos la lucha contra el indio fue realizada principalmente por los granjeros que junto a sus familias avanzaban buscando nuevas tierras y así expandían gradualmente las fronteras. El ejército jugó un papel accesorio. En la Argentina ocurre todo lo contrario. No hay una población campesina que va desplazando al indio con su avance. Es el ejército el que conquista el desierto por cuenta de los estancieros, consolidando y extendiendo el latifundio. Y consolidándose a sí mismo, acrecentando su poderío y su peso específico dentro de la sociedad. El mismo Roca reconocía que una vez conquistado el desierto un par de miles de soldados bastaría para el ejército nacional. Pero como la conquista corrió por cuenta del ejército, era inevitable que éste, lejos de autoliquidarse, se expandiese a sus anchas, y así sucedió. De modo que la conquista del desierto no sólo contribuyó a afianzar el latifundio sino que hizo otro tanto con el ejército. Dos tumores que han asfixiado a la nación y que se vinculan bastante estrechamente al nombre de Roca, con lo cual hay de sobra para situar a éste entre los más beneméritos políticos de la oligarquía y los más aciagos para las innumerables masas desposeídas.

Razón tenía Alem cuando puntualizaba que la conquista del de-

siento había sido una guerra de policía, que no hacía acreedores a los conquistadores de premios especiales. El roquismo no lo entendió así, y premió a dos manos a los conquistadores, empezando, claro está, por casa, es decir, por Roca. Todavía en setiembre de 1887 el Congreso de la Nación le obsequiaba a Roca 15 mil hectáreas... (Ministerio de Guerra, *Premios Militares*).

La crítica más exhaustiva a la política de tierras del roquismo fue formulada por Sarmiento.

"Cuando se reconocieron en el Perú los secuestros españoles, se despertó una honradez tal, un deseo de pagar las deudas de la Independencia, que se abrieron oficinas públicas para anotar acreedores, con órdenes falsificadas de San Martín, en papel amanillento, inventadas hasta la suma de sesenta millo- nes; y como se pagaba a los guerreros de la Independencia también (que había guano para todos), incluyéronse 30 mil soldados que no existieron. Habiéndose perdido la lista de revista de aquel ejército imaginario, se apeló al testimonio oral, y salían los agentes a los caminos por donde las cholos e indias traían al mercado sus ramales y sus humitas.

— "Diga Ud., paisano, ¿qué edad tiene Ud.? — Si no sé, mi señor.

— "¿Qué menos ha de tener que 50... pongámoste 60. ¿Tuvo hijos? — No señor. — Vamos, es para su bien que le pregunto, ¿cuántos tuvo? — Le digo que no, mi señor. — Pues yo le digo que sí; y por más señas, que fue soldado de la Independencia uno de ellos, y se halló en Carabobo y en Pichincha; se llamó José, a lo que me acuerdo, y como es para pagarle sus servicios, si Ud. firma esta boleta, le daré la mitad de lo que se cobre del Gobierno.

"Bien entendido que el Gobierno estaba desesperado por pagar, con lo que echaron sobre la Nación otros cien millones y una guerra con España y con Chile, sin pagar su deuda.

"Sucede actualmente lo mismo con el premio de tierras al Ejército expedicionario al Río Negro. Nuestro Gobierno no ve las horas de descargar su conciencia de aquella deuda, y sus partidarios andan deteniendo a las gentes en la calle para probar a todo el mundo que fue al Río Negro y bebió de sus negras aguas... Tantas promesas hay hechas de participar en el maná de la tierra pública, que ya está prometido por los entusiastas más territorio que el de toda la República, y habrá que tomarlo a Paraguay, Uruguay y Bolivia

para ubicar esos boletos, que no son de sangre sino sin sangre, vista la poca vergüenza, que es un mérito en estos tiempos... La prosperidad y grandeza a que ha llegado el país es el resultado de aquel esfuerzo de un gran pueblo, y no de los maúlas, de pretendidos héroes que no son capaces de hacer nada que recoja la historia, si no son títulos de tierras que en otros países serían naciones o provincias, condados y marquesados, con habitaciones por millones". (*El Censor*, diciembre 1, 1885).

Y en otro artículo, con el título de "NO SE LLENAN", decía Sarmiento:

"El general Roca, educado en el Colegio del Uruguay, no ha traído a su gobierno otra idea sobre el reparto de la tierra pública que la en práctica en aquellos tiempos (de Urquiza) — la voluntad sin límites de aquel que ejerce el poder— adoptándolo como sistema. El pensamiento de un paseo en carruaje a través de la Pampa cuando no había en ella un sólo indio fue un pretexto para levantar un empréstito enajenando la tierra fiscal a razón de 400 nacionales la legua, en cuya operación la Nación ha perdido 250 millones de pesos oro, ganados por los Atalivas, Goyos y otras estrellas del cielo del Presidente Roca. Pero si se puede explicar, aun cuando no se justifique, esta medida anti-económica y ruinosa para el Estado, por la famosa expedición al desierto, después que ésta se realizó sin batallas ni pérdidas de ningún género para el Gobierno, no hay razón, no hay motivo legítimo para que el tal empréstito continúe hasta hoy abierto... para los amigos del General Roca, máxime cuando la suscripción se cerró hace ya mucho tiempo. Es necesario llamar a cuentas al Presidente y a sus cómplices en estos fraudes inauditos. ¿En virtud de qué ley el General Roca, clandestinamente, sigue enajenando la tierra pública a razón de 400 nacionales la legua que vale 3.000? El Presidente Roca, haciendo caso omiso de la ley, cada tantos días remite por camadas a las oficinas del Crédito Público, órdenes directas, sin expedientes ni tramitaciones inútiles (sistema Urquiza) para que suscriba a los agraciados, que son siempre los mismos, centenares de leguas. Allí están los libros del Crédito Público que cantan y en alta voz para todo el que quiera hacer la denuncia al fiscal. Al paso que vamos, dentro de poco no nos quedará un palmo de tierra en condiciones de dar al inmigrante y nos veremos obligados a expropiar lo que necesitamos, por el doble de su valor a los Atalivas". (*El Censor*, diciembre 18, 1885).

Setenta y tantos años después, se ha hecho el fulgurante descubrimiento de que la política roquista con la tierra pública no fue oligárquica porque... "la verdadera oligarquía terrateniente, la de Buenos Aires, ya estaba consolidada desde Rivadavia" (Ramos, *Revolución*, 221). Verdaderos terratenientes son los propietarios de tierras que viven de la renta agraria. Por qué los que cobran renta agraria de terrenos situados sobre el Río Negro son menos terratenientes que los que parasitan sobre el Río de la Plata, es cosa que corresponde elucidar a los teólogos. Lo cierto es que la política roquista incrementó y remató gloriosamente la acumulación del suelo en manos de un puñado de terratenientes a los que pronto se sumaron compañías extranjeras, eliminando así hasta la menor posibilidad de establecer sobre el suelo argentino una colonización de chacareros dueños de sus tierras al estilo de la que fundamentó la magnificencia agrícola de los Estados Unidos.

La Corrupción y el Peculado Favorecen al Imperialismo

Aunque con elenco humano distinto, Roca continuó la política tradicional de la oligarquía argentina, tendiente a configurar al país como próspera colonia agropecuaria de la Belsa londinense. En tal sentido Roca es un perfecto continuador de Mitre, y su gobierno resulta, por la venalidad que lo caracteriza, un luminoso exponente de la política oligárquica. Los roquistas póstumos sostienen que la prosperidad característica de la década del ochenta fue canalizada por Roca "en beneficio general" (Ramos, *Revolución*, 247). Hay que entender que en beneficio general del imperialismo, de la oligarquía,

de la familia Roca y de sus instrumentos políticos, en orden decreciente. Y la presidencia de Juárez Celman acentuó estas características, con la sola variante de que la familia Roca pasó a segundo plano. En ambos casos el gobierno tenía las características de lo que Sarmiento denominó "una monarquía consentida" (a *Posse*, II, 603). Roca habita una finca palaciega que compra en dos millones y medio de pesos. La legislación de Buenos Aires le obsequia 50.000 hectáreas de tierra (Sommi, 272). Los nacionalistas roquistas que carecían de tierra y vacas se apresuraron a ingresar prósperamente a la oligarquía exprimiendo a la maquinaria estatal.

La coima se ensancha, se perfecciona y adquiere magnitud asiática, si es que acaso la coima asiática es más perfecta que la sudamericana. Los vaporesos nacionalistas del PAN demostraban ser macizos panclistas, como pronto se los llamó. La *Memoria del Banco Nacional* publicada en 1891 revela que "Un alto funcionario se acercaba a las puertas del Banco, ordenaba la entrega de una gruesa suma a determinada persona y se cumplía esa orden con perjuicio del Establecimiento, de la autoridad de sus administradores y de la disciplina de los empleados, cómplices con su silencio de un acto incalificable" (Astengo, 582). La mejor descripción del nepotismo y la corrupción roquista pertenece a Sarmiento, quien se permitió alterar el idioma reemplazando el verbo *coimrear* por *atañivar*, en justo homenaje a Atahua Roca—hermano del general—, que logró fama indisputable de ser el más aguerrido coimero de su época. "Las tierras públicas que servían de lastre a la nave han servido para dar *apannages* a una larga familia que, como la de la Reina Victoria, al nacimiento de cada piñicillo es preciso, en señal de regocijo, hacerle una donación de tierras y títulos. Tenemos además Héroes del Desierto que nos han dejado sin blanca, mediante su sapiencia y su ligereza de manos—hablamos de la prestidigitación como arte—" (*El Censor*, N° 1). "Hay que proveer a las necesidades de un pequeño ejército, pero se

hace un grande ejército para tomarse la molestia de proveerlo en grande. Anásian los pueblos por ver llegar cuanto antes el ferrocarril a su territorio, y a fin de llenar este deseo se aceleran sin cuenta ni razón los trabajos, se suprime la licitación, se pone a los Directores anteojeras como a las mulas cocheras, para que no vean para atrás, se mandan primos a comprar chafalonía de locomotoras, y el país se va infestando de trenes que no caminan, o no cargan, o cargan de preferencia lo que les place. El trazado del ferrocarril de Salta hace una inflexión para ir a pedir órdenes a la estancia del ministro" (*El Censor*, abril 6, 1886).

Lo menos importante de todo este asunto de la corrupción y la coima roquistas es su aspecto moral. Lo fundamental es que en medio de la coima y la corrupción siempre se impone el que tiene más que ofertar, y en la Argentina de 1880-1890 quien más ofertaba era el capital imperialista. Dejando la moral a los moralistas, cabe reconocer que la corrupción de los políticos yanquis contribuyó al desarrollo de la burguesía nativa y, así, al engrandecimiento nacional e imperial de los Estados Unidos. En la Argentina, como en todo país semicolonial, la corrupción del roquismo y de los regímenes que lo precedieron y lo sucedieron, cumplió la "función" primordial, aparte de enriquecer a sus beneficiarios, de facilitar y acentuar el control imperialista sobre el país, en detrimento, en muchos casos, de la propia burguesía terrateniente argentina, que por lo demás era bastante tolerante en eso de coimear con los consorcios extranjeros. Como dijo Carlos D'Amico, la corrupción del roquismo sirvió para "preparar el dominio bochornoso de la libra esterlina sobre la conciencia de los argentinos" (175). Independientemente del juicio que merezca ante el desacreditado tribunal de la Moral absoluta y el espiritualismo tonsurado, lo cierto es que la corrupción de los gobiernos Roca y Juárez Celman —que, a no dudarlo, reflejaba en última instancia el parasitismo de la oligarquía argentina que se enriqueció mirando parir

las vacas— permitió que el imperialismo hincara el diente en la economía argentina hasta el punto que resulta descomedido incluso para el hígado estabular de los apacentadores de ganado. Fue una corrupción esencialmente antinacional, completamente contraria al desarrollo autónomo de la Argentina, en cuanto nación capitalista.

Continuando también en esto la mejor tradición mitrista, el roquismo se mantuvo en el gobierno utilizando a manos llenas el fraude y la violencia contra la oposición. El fraude iba dirigido fundamentalmente no contra las masas trabajadoras, heterogéneas, completamente inarticuladas, o mejor a la cola de algún sector oligárquico, que no hubieran podido hacer sentir su peso numérico ni aun con elecciones claramente democráticas y sin fraude alguno; estaba montado contra los sectores de la oligarquía antiroquista, fuerte particularmente en Buenos Aires. Casi no hace falta decir que los titanes del "nacionalismo" roquista tenían el más versallesco desprecio por la opinión de las masas. "No creo en el sufragio universal —decía Juárez Celman—. Consultar al pueblo, siempre es errar, pues éste únicamente tiene opiniones turbias" (Astengo, 45). En 1885, sólo en la Capital Federal, que era con todo el sitio donde el fraude se ejercía más disimuladamente, de 18.000 electores inscriptos la mitad por lo menos eran anotados fraudulentamente (Sommi, 90, 12). Roca, el insospechado nacionalista, explica en su último mensaje que aunque "se habla de fraudes, de violencias, de abusos de autoridad", resulta que "El gobierno general no es responsable de los actos y conducta de los funcionarios de la República que intervienen en el mecanismo electoral". ¿No está claro? El fraude no lo hacía el gobierno. Los culpables eran los funcionarios del gobierno. En la misma línea, el diario oficial explicaba que "El hecho del fraude, si es que existe, será obra de los partidos en lucha; pero no vemos qué intervención pueda haber tenido en él el Poder Ejecutivo Nacional" (*Sud Améri- ca*, diciembre 17, 1885). La teoría oficial venía a significar que el

fraude ya funcionaba automáticamente. Juárez Celman fue electo presidente con un fraude épico, que hizo salmodiar a Sarmiento en el editorial de su diario. "Elecciones unánimes en toda la República. ¡Viva Juárez y puto el que hablare!" (*El Censor*, abril 14, 1886). Pero Juárez no tenía conflictos caseros con su conciencia. En su Mensaje al Congreso de 1888 decía serenamente: "Poco tenéis que ocuparos de leyes políticas que ni el país reclama ni por el momento exige la opinión pública".

"El sistema de gobierno de Pinto, el monopolio de todas las obras públicas y abastos, hasta la leña de los ferrocarriles y la adjudicación de tierras, tiene su modelo en Córdoba donde han sido dados por el Gobierno de Juárez, sin someterlos a licitación pública, como lo manda la Constitución, a un solo empresario, las aguas corrientes, el gas, la construcción del puente, el canal de irrigación, las tierras del Sud y ahora últimamente están en tramitación adjudicándole al mismo gerente las tierras del Alto, por el plano de 25.000 fuertes sin concurrencia y por seguridad dada por contrato, de ejecutar la obra a los precios que él proponga y una comisión juanista acuerde" (*El Nacional*, julio 2, 1883). Así escribía Sarmiento en 1882. Por supuesto, atrás del gerente juanista estaba el capital inglés. Es ésta una excelente y viviente descripción de cómo actúa el capital financiero en la Argentina de aquella década del 80. Y esto tiene particular importancia porque si hubiera que dar una brevisima definición del régimen de Juárez Celman, habría que decir, con la parcialidad y limitación inevitable en toda definición, pero atendándose a lo más esencial, que el gobierno juanista fue el típico gobierno del capital financiero internacional en su época de expansión en un país atrasado que tiene independencia política. Del capital financiero y de sus agentes nativos: los comisionistas de empréstitos, los importadores, los especuladores de todo tipo, los políticos venales. Juárez Celman respondía mucho menos a la oligarquía argentina que al capital financiero interna-

cional, y los directos beneficiarios y sostenedores de su régimen fueron sólo aquellos sectores oligárquicos que, como los banqueros o importadores, prosperaban como comisionistas de los Baring y sus colegas. Por eso Juárez, cuando los intereses de la oligarquía argentina en su conjunto, y especialmente de su sector más fuerte, los estancieros productores, entran en relativo conflicto con los del capital financiero internacional, se inclina siempre en favor de este último.

Sería grave error —que se ha cometido infinidad de veces por marxistas de emergencia, como veremos al estudiar la revolución del 90*— caracterizar a Juárez como un gobernante típico de la oligarquía argentina. Sabemos perfectamente que esta oligarquía —incluso los estancieros, su sector productor y más poderoso en sentido capitalista— era medularmente parásita. Sabemos cuánto amaba la compenenda con el capital extranjero, aún a expensas del desarrollo nacional autónomo, e incluso de sus propios intereses a largo plazo. Pero, con todo esto, la oligarquía argentina, particularmente los estancieros, tenían interés en conservar en sus manos, o en las de su Estado, algunos sectores de la economía nacional que, en manos del capital financiero, habrían de ocasionarles serias pérdidas. Productores para el mercado mundial, sin más preocupación material y espiritual que el parto de las vacas, los estancieros tenían forzosamente que tender al parasitismo, al librecambio en tanto sus productos tuvieran fácil y lucrativa salida en el exterior, al acuerdo con el imperialismo para que éste valorizase sus campos —¡y la mayor parte del país estaba constituido por campos de los estancieros!—. Una clase así, no podía tener el vigoroso impulso hacia un desarrollo nacional autónomo que caracteriza a los granjeros y a la burguesía industrial yanqui o alemana, para citar sólo a las que florecen en el siglo XIX. Pero, ligados a la producción y dueños de poderosos capitales, tampoco se hallaban en

* Capítulo publicado en *Fichas de Investigación Económica y Social* y que aparecerá en un tomo próximo de esta serie (N. del E.).

el nivel de una monarquía china o egipcia que sólo podía vivir abyectamente a los pies del capital imperialista abdicando su soberanía nacional. La oligarquía argentina, particularmente los estancieros, sólo podía aspirar a un margen muy pequeño de autonomía económica, pero ese margen existía. Desde luego, el capital financiero internacional en plena expansión tendía automáticamente a anular ese margen, y es lo característico del gobierno juarista que toda su política tiende a servir este propósito del imperialismo contra los intereses de las clases dominantes argentinas (excepto la pequeña com-parsa ultrapatásita que vive de comisiones).

El Estado Argentino Contra la Nación.

El Caso del Ferrocarril Oeste

Nada es más característico del gobierno Juárez Celman en su función de agente del capital financiero internacional que el famoso asunto del Ferrocarril del Oeste.

"El año 1857 no había en la Argentina ni un metro de ferrocarriles. Unos cuantos estancieros ricos se asociaron para construir un camino de fierro hasta San José de Flores. Ese fue el origen de los poderosos ferrocarriles que abrazaban la parte más rica, más poblada y de mayor producción de la extensa llanura, que en fertilísimas praderas forma el Oeste y el Norte de la Provincia de Buenos Aires. Ese ferrocarril era el chiche, la gloria, el cariño de los porteños. Después del Banco era el Ferrocarril del Oeste. Para los hijos de Buenos Aires esas dos instituciones representaban la patria. Todos los Gobernadores tenían a gloria poder decir en su último mensaje: durante mi administración se han construido tantos kilómetros del Ferrocarril del Oeste. Todo ese cuidado, todo ese anhelo se justificaba porque esa vía férrea había llevado la riqueza a la vasta zona que servía; porque era el esfuerzo del argentino;

construida por ingenieros argentinos, por brazos argentinos; administrada por argentinos; porque en la línea no se hablaba inglés; porque su tarifa era la más baja de todas; porque tenía una escuela práctica de mecánica para hijos del país, y vastos talleres que mantenían miles de familias; porque sus líneas eran la escuela práctica de sus jóvenes ingenieros; y sobre todo, porque era la administración modelo de todo ferrocarril de la República, tanto por su exactitud proverbial como por la honradez escrupulosa con que se hacía, y a la que no tenían inconveniente en contribuir gratuitamente los hombres más notables". (D'Amico, 256-7).

Pues bien. Máximo Paz, gobernador de la Provincia de Buenos Aires por mandato de Roca y Juárez, se propuso entregar el ferrocarril al capital inglés, para mayor beneficio de éste y de su propio bolsillo. Y así lo hizo. El Gobierno de Buenos Aires —mejor dicho, el Gobernador y su equipo— percibieron por ese ferrocarril, uno de los más productivos del mundo, 3 millones de libras esterlinas, sumas ridículamente baja. "Los ferrocarriles de la provincia —comenta Carlos D'Amico— se llaman ahora New Western Railway of Buenos Aires. ¿No se parece eso a la sombra de la bandera inglesa, flameando sobre otro pedazo del territorio argentino, con más derechos del que tiene para flamear sobre las islas Malvinas?" (D'Amico, 265).

Durante mucho tiempo los escribas de tinta aguada ("marxistas" y de los otros) han insistido monótonamente en que la venta del Ferrocarril del Oeste fue un acto típico de la política de la oligarquía argentina. Golpes en la herradura, no en el clavo como siempre. Los estancieros de Buenos Aires eran cualquier cosa menos arrojados defensores de la independencia económica nacional, pero tampoco tenían necesidad de acceder al harakiri galante en beneficio exclusivo del capital inglés. Por eso se opusieron a la venta del Ferrocarril del Oeste. Los historiadores que viven aferrados al mito bifronte de la oligarquía estancerial perpetuamente entreaguista y la fantasmagórica burguesía industrial perpetuamente nacionalista, han tenido buen cuidado de referirse a "la reacción de los sectores más conscientes del

ejército" provocada por la política entreguista de Juárez (Puiggiós, *Partidos*, 84). Pero ocultan cuidadosamente la reacción de la Sociedad Rural. A mediados de 1888 la Sociedad Rural Argentina designó una comisión integrada por destacados terratenientes —Torcuato de Alvear, José María Anchorena y Carlos Basavilbaso— para estudiar el problema ferroviario. La comisión resolvió, entre otras cosas: "Pedir al Gobierno de la Provincia de Buenos Aires la prolongación extrema de sus líneas, sobre todo de los ramales Oeste y Sud, a fin de que empresas particulares no ocupen la zona natural de su ferrocarril por la paralización de éste", y que "el Ferrocarril del Oeste (propiedad del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires) se conserve siempre en manos del Gobierno, y se prohíba su enajenación o su arrendamiento" (*Artes de la SRA*, 1888, 489). Pese a todo, el ferrocarril fue vendido, y la burguesía estancieril argentina nunca cesó totalmente de lamentar una política de "sur" Estado que la perjudicaba en beneficio del imperialismo. "No es el momento de discutir la enajenación de estas vías de la Nación a empresas particulares —decía el diario de Carlos Pellegrini—, pero ya se recogen los frutos: dos provincias ricas y fértiles monopolizadas por una sola vía, dueña de la fortuna de miles de ciudadanos (*El País*, junio 19, 1900). Y poco después: "Hace hoy diez años que la línea férrea del Oeste pasó a manos de una empresa particular. Nosotros que no participamos del error tan generalizado de que el Estado no debe ser administrador, creemos aun hoy que esa venta no debió realizarse, porque el Oeste en manos del Gobierno provincial hubiera sido, como lo fue, un impulsor eficaz del progreso en los territorios que atraviesa, pues los capitales privados, si pueden hermanar el fomento de la riqueza general con su mejor lucro, lo hacen, pero si aquél no trae aparejado éste inmediatamente, no se erigen jamás en propulsores del progreso y bienestar común" (*El País*, julio 1, 1900).

Aparte del imperialismo, ¿quién se benefició con una operación

que perjudicó directamente al sector más fuerte de las clases dominantes argentinas? La banda política que usufructuaba la máquina estatal. El diálogo entre dos protagonistas de *La Bolsa*, novela aparecida en 1891 que radiografía a la sociedad argentina de entonces, es sumamente ilustrativo: "¿Este es el mismo Baselano que intervino en la famosa venta del ferrocarril de maras? —El mismo —repuso Miguelín—. Dicen que sacó un bocado igual al del gobernador y demás socios" (Martel, 32).

También *La Prensa* coincidía con los intereses de la libra extranjera: "No se ha visto jamás que los gobiernos expropien un ferrocarril por razones de mejor servicio público. Su ingenua incapacidad ha obligado a sacar de manos del Estado la propiedad de ese medio de transporte. En Italia, la nación resolvió entregar las líneas a particulares por licitación pública, aunque conservando el dominio de las mismas. En cambio no puede tomarse como modelo a Alemania, «en que todo procede bajo la previsión de un plan militar». Estados Unidos, teniendo como estrella polar la Constitución, «tiene tantos kilómetros de vía férrea como todo el resto del mundo», pero entregadas por completo a la iniciativa privada. El Estado —agrega el diario— es el peor de todos los administradores: la enajenación del Ferrocarril Andino, por lo tanto, «es un oportuno paso atrás». En la escuela de las líneas privadas está la única salvación de la provincia de Buenos Aires, y por esto es serio y oportuno el propósito del gobierno de vender las líneas del Oeste" (*La Prensa*, 25-I-1887).

Hemos citado a Carlos Pellegrini defendiendo la propiedad estatal de servicios públicos en sectores donde no convenía a los estancieros que los controlase el imperialismo. No está de más recordar que Pellegrini abrazó esta postura cuando ya no tenía poder. Cuando era vicepresidente de Juárez Celman nada dijo en voz alta contra la venta del ferrocarril, y suscribió mensajes en que Juárez Celman exponía al Congreso que "es verdad que los ferrocarriles constituyen en cierto

modo un monopolio, y si ningún monopolio puede sostenerse ante una sana teoría, el monopolio del Estado es no sólo ilegítimo sino mucho menos tolerable que el monopolio particular, por el hecho de no haber recurso contra él. Por lo tanto lo que conviene a la nación es entregar a la industria privada la construcción y explotación de las obras públicas que por su índole no sean inherentes a la soberanía, reservándose el Gobierno la construcción de aquellas que no puedan ser verificadas por el capital particular, no con el ánimo de mantenerlas bajo su administración, sino con el de enajenarlas o contratar su explotación en circunstancias oportunas" (*Mensaje*, 1887). Y al año siguiente: "Las obras públicas que se hallaban en manos del Gobierno han sido entregadas con evidentes ventajas a la industria privada en cumplimiento de vuestras leyes, de mis promesas y de mis esperanzas. Los Ferrocarriles Central Norte y Andino han sido enajenados; y se halla ya adjudicada la explotación de las obras de salubridad a uno de los proponentes que se presentaron" (*Mensaje*, 1888).

Bajo el gobierno Juárez-Pellegrini el capital inglés se apoderó del grueso de la red ferroviaria nacional. En 1885 el 45 % del capital total ferroviario pertenecía a líneas estatales (nacionales y provinciales). En 1890 las líneas estatales sólo representaban el 10 % del capital total. (Williams, 49). Las exportaciones del país se disipaban en el pago de intereses al capital extranjero y en la adquisición de productos suntuarios que el país podía producir perfectamente. Y hasta un historiador oligárquico, admirador de Juárez Celman por añadidura, debe reconocer que su biografiado y su equipo político "olvidaron el consejo de List de que es más importante cultivar y asegurar el mercado interior que buscar las riquezas en el extranjero" (Astengo, 397).

Dato importante, pasado por alto por los rapsodas del antojado nacionalismo provinciano de la aparcería Roca-Juárez. La política

de Juárez Celman tendiente a liquidar los ferrocarriles del Estado tenía como resultado directo frenar todo fomento ferroviario del Interior y concentrar todo el desarrollo económico en los alrededores de Buenos Aires, exactamente como lo hubiera deseado el más loca-lista de los oligarcas porteños. ¡Y Juárez se vanaglotiaba de ello! En un mensaje al Congreso decía que los ferrocarriles estatales no podían justificarse con el argumento de que al no buscar ganancias podían proteger con tarifas bajas a las zonas más atrasadas del país porque —decía Juárez— "esa protección sólo puede ejercerse con detrimento de las comarcas más fértiles y laboriosas, compelidas a pagar las diferencias que esa gratuidad relativa produzca entre los gastos de explotación y las entradas en las secciones pobres de las vías férreas". Aunque ingenua, se explica la exclamación de Sommi de que es fantástico ver a un hombre del Interior oponiéndose a las tarifas de fomento en las zonas más apartadas y menos fértiles.

Casi no hace falta indicar que la política económica de Juárez coincidía canónicamente con las aspiraciones imperialistas, aunque disgustase a los estancieros criollos. En 1886 el *South American Journal* —ya entonces el vocero más autorizado del capital británico invertido en América Latina— afirmaba que "desde las primeras propuestas que de tiempo en tiempo han sido sometidas al Gobierno Argentino para la compra de todos o una parte de los ferrocarriles construidos por compañías anónimas, siempre hemos expresado terminantemente nuestra opinión contraria a la participación del Gobierno en empresas particulares" (reproducido en *El Censor*, octubre 10, 1886).

El gobierno Juárez demuestra cómo en un país semicolonial el capital financiero puede pesar sobre el Estado nacional más decisivamente que las clases dominantes nativas. La reacción de los amplios sectores de la oligarquía argentina perjudicados por la política

46

proimperialista de Juárez, en particular los estancieros, se hizo sentir prontamente no sólo en la oposición al roguismo-juanismo sino dentro del mismo Partido Autonomista Nacional donde Roca, siempre alerta a las inquietudes de la oligarquía nacional, se hizo eco de ellas. Fue entonces cuando Roca, desde Europa, envía su famosa carta donde se muestra partidario de un relativo fortalecimiento del Estado nacional en el campo económico para poder negociar mejor con el capital extranjero. "Ese proyecto de venta de las Obras de Salubridad ha sido también un proyecto desgraciado que se ha arrojado a los opositores como buena presa para clavar su diente lleno de ponzoña. Yo aconsejé en contra, pero no me hicieron caso. La bulla y la resistencia que esta idea ha levantado, hasta entre muchos amigos, me prueba que yo tenía razón. Si, a pesar de todo, el proyecto se convierte en ley, será una ley contraria a los intereses públicos en el sentir de la mayoría de la opinión de esa capital, tan esquilmada por las Compañías de Gas y otros servicios. A estar a las teorías de que los Gobiernos no saben administrar, llegaríamos a la supresión de todo Gobierno por inútil, y deberíamos poner bandera de remate a la Aduana, al Correo, al Telégrafo, a los Puertos, a las Oficinas de Renta, al Ejército, a todo lo que constituye el ejercicio y deberes del Poder" (Astengo, 457). Roca fechó esta carta en mediados de 1887. Eso no le impedía alegrarse, en los mismos días, de que el Mensaje de Juárez en el cual exponía "las teorías de que los Gobiernos no saben administrar" hubieran hecho en Londres "un efecto admirable, como lo demuestra la cotización de nuestros títulos. ¿De qué otra manera mejor se puede responder a los violentos ataques de la oposición?" (Astengo, 435). Para Roca el problema no era tanto impedir la entrega del país al capital imperialista como impedir que la entrega sirviera de bandera política a la oposición para destruir al roguismo. Menos comprometido que Juárez y su camarilla con el capital financiero, retrocedió a tiempo antes de cruzar la línea que

lo hubiera liquidado como político oligárquico en momentos en que la Sociedad Rural se preocupaba por una política ferroviaria nacional. También Pellegrini se dio a hacer reflexiones nacionalistas, que no dejan lugar a dudas sobre el estado de ánimo de la oligarquía y, también, sobre la cojera esencial—como en Roca—de sus inquietudes nacionales. "¿Cuántas veces habremos devuelto ya todo el capital introducido para construir los ferrocarriles del Sud o Central, que han pagado dividendos de diez y quince por ciento? Todo esto no hay que tomarlo en el sentido de que la introducción del capital extranjero nos perjudica; eso sería decir una herejía. Esos capitales nos van a permitir aumentar de tal manera nuestra producción, que día llegará que podamos pagar todo y quedarnos con algo para formar el capital propio" (Astengo, 515).

La Racionalización de la Vida Civil

Pertenece a Roca —y a su heredero dinástico Juárez Celman— el mérito de haber iniciado la racionalización de la vida civil argentina, implantando la enseñanza laica y el matrimonio civil. El laicismo era la ideología inherente a la oligarquía anglo-ciolla gobernante en la Argentina, que aunque católica en su rama criolla no podía menos las convicciones de su rama inglesa, cada vez más poderosa. Como lo indicó Alberdi, la libertad religiosa y su producto lógico, el laicismo, fue la política permanente de la oligarquía porteña desde su tratado de 1825 con Inglaterra (*Cartas a Gutiérrez*, 106)*.

* "Todo el mundo se asombra de que no tengamos el matrimonio civil. No hay extranjero que no diga: muy adelantado el país, pero ¿por qué no tiene el matrimonio civil? Cada uno de los representantes de las naciones extranjeras la primera pregunta que hacen es ésta: ¿cómo es que no tienen matrimonio civil?" (*Vida en el Senado*).

Es perfectamente correcto afirmar que el laicismo de Roca y Juárez Celman es el producto y responde a los intereses de la creciente influencia británica en el país, y a los deseos de la oligarquía argentina de acrecentar esa influencia, todo lo cual no desmiente en modo alguno su carácter progresivo, como el establecimiento de escuelas no deja de ser progresivo porque las escuelas sirvan también para difundir la ideología de las clases parasitarias.

Desde luego, la Internacional Tonsurada con sede en Roma movilizó sus huestes criollas para combatir la política laicista del roquismo y lo hizo en nombre de la defensa de la nación contra los extranjeros "dueños de las finanzas", como decía el beatífico José Manuel Estrada, para quien "el matrimonio civil es una tentativa contra las bases esenciales de la civilización nacional..." (*Discursos Selectos*, 235 y 264). A más de medio siglo de distancia los internacionalistas negros siguen repitiendo el mismo cántico: el laicismo sirvió para entregar la nación al imperialismo. La defensa de la nación exigía defender a la Iglesia, obligar a la gente a casarse ante el cura y relevar la cartilla por el catecismo, a Pestalozzi por el padre Astete (ver, por ej., las obras de Sierra y Palacio). Esto, desde luego, no pasa de ser un bolazo piadoso. En México, bajo Porfirio Díaz la Iglesia no fue perseguida y constituyó uno de los puntales de la entrega de la nación mexicana al capital financiero internacional. Defendiendo "las bases de la civilización nacional" como decía Estrada, la Iglesia mexicana se oponía a la educación de los indios y manifestaba por boca de Orozco y Giménez, arzobispo de Guadalajara: "Toda autoridad proviene de Dios. El trabajador cristiano debe santificar y hacer sublime esta obediencia sirviendo a Dios en la persona de sus patronos. En esta forma la obediencia no es ni humillante ni dificultosa. Pobre: ama tu miseria y tu trabajo; vuelve tu mirada hacia el paraíso: allí está la verdadera riqueza. Sólo pido una cosa: del rico, amor; del pobre, resignación". Que en la Argen-

tina el curá no haya podido inyectar estos tóxicos venturosos valiéndose de su autoridad de juez de paz y maestro ha constituido una indudable ventaja para las masas trabajadoras criollas, independientemente de que el laicismo de la oligarquía tenía por objetivo no esto sino hacer más llevadera la residencia en el país de los gerentes británicos.

Pero desprender del laicismo finisecular (perfectamente compatible y en realidad condicionado por los intereses de la oligarquía anglocriolla) una calificación de revolucionaria para la política del roquismo es algo así como ponderar el fervor revolucionario de los capitalistas ingleses que reemplazaron las carretas por los ferrocarriles. Mientras que en México la lucha contra la Iglesia —gran terrateniente y aliada de la oligarquía terrateniente— formó parte integrante de la revolución campesina por la tierra, la libertad y la independencia nacional de México, en la Argentina del ochenta-noventa la campaña anticlerical Roca y Juárez respondió a las necesidades de la alianza entre la oligarquía criolla e Inglaterra y no despierta ningún eco en las masas. Es la mayor parte de la oligarquía quien lucha limitada y ocasionalmente contra su aliado eclesiástico y un reducido sector tradicionalista de la propia oligarquía, con base predominantemente estancieril, para introducir algunas reformas que convienen a su sociedad con el capital británico. No hay en esto mayor porcentaje de "política nacional revolucionaria" que en el culto *post mortem* de la Sociedad Rural por las virtudes de Martín Fierro. Y recordemos, para terminar, que una corriente tan netamente antinacional como el mitrismo fue también laicista, y por las mismas razones que el roquismo.

Si el laicismo roquista no respondía a intereses revolucionarios, no puede tampoco afirmarse, ni por chiste, que lo inspirase una ideología revolucionaria. Fue en todo momento una táctica política más, y sólo eso. Veamos las concretas instrucciones de Roca a Juárez Cel-

48

man respecto a la política anticlerical: "Yo creo que deben andar con cuidado, y aunque se muestren enérgicos en las palabras conviene aflojar un poco en los hechos. Si es necesario haga una Novena en su casa y hágase más católico que el Papa!" (Astengo, 117). Como no podía ser menos Sarmiento desnudó con un dedo la "ideología revolucionaria" del roquismo: "El General Roca llevó la idea de gerencia al Gobierno Nacional. La República ha sido su capital, la fuerza sus medios. A él nada le importa la forma, lo que busca es imperar. Entró a su gobierno con un Ministro ultramontano y llegó a preparar un concordato con la Santa Sede. Agitaciones sociales y políticas de carácter complejo sublevaron muy luego el espíritu liberal. El ministerio católico cayó y fue sustituido por otro de polo opuesto. Roca explotó al liberalismo y rompió con la Iglesia, haciendo creer que defendía una causa acorde con el espíritu del pueblo argentino. La reacción se produjo por razones más complejas aún: la Iglesia tomó ascendiente moral en la opinión y Roca volvió a establecer concommitancias con el clero, consultando siempre los intereses de su perpetuación en el Poder por medio de su propia familia" (*El Censor*, julio 9, 1886).

Al proclamar la candidatura presidencial de Juárez Celman el PAN había dicho en manifiesto público que su programa era "El respeto sincero de la ley por gobernantes y gobernados; el voto libre y consciente, que es la base de nuestro sistema político y el respeto del ejercicio de este derecho en todos y en cada uno; la moral y la honradez administrativa; la economía de los gastos y la adopción de un sistema bancario establecido sobre bases sólidas, son otras tantas aspiraciones que el Partido Nacional incorpora en su bandera y que sin duda alguna serán satisfechos por el doctor Juárez Celman" (*Sud América*, julio 15, 1885). Sin duda alguna... Ya sabemos que este programa se cumplió al pie de la letra, pero en sentido contrario. Justo es señalar que el núcleo más numeroso de la temprana

oposición al roquismo-juarismo, es decir, el partido mitrista, era no menos trápala y falaz en los fundamentos "liberales", "democráticos" y a veces hasta "nacionalistas" que daba a su oposición, cuyo programa real era: *sal de ahí que me ponga yo*. Como le escribía Posse a su amigo Sarmiento: "Las oposiciones que andan roncando en cada provincia contra la Liga y los Gobiernos Electorales son de Mitre o para cualesquiera de ese partido, con tal de darse un Presidente que deshaga los Gobiernos electores presentes para que ellos los reemplacen en las mismas funciones. Esta es la patria argentina mirrada por dentro" (Posse, II, 479). De modo que más insistía el mitrismo en su oposición principista al roquismo, y más justamente podía contestarle la prensa roquista que "los que predicaban la moral política de circunstancias olvidan lo que fue la República en sus manos; olvidan la muerte de las provincias allá por 1866, bajo la custodia de sus guardias pretorianas. Ningún partido político, mejor dicho, ningún hombre político ha gobernado más incorrectamente el país que el general Mitre. Si los artículos que *La Nación* produce hoy contra la situación política de las provincias se hubieran publicado en aquellos tiempos el diario habría sido suprimido" (*Sud América*, julio 7, 1885).

Hasta que se acercó la crisis del 90 el mitrismo quedó reducido a partido de repuesto de la oligarquía porteña, volcada en su mayoría al roquismo (entre los patrocinadores porteños de la candidatura Juárez estaban Tornquist, Becar, Cambaceres, Madero, Artzyeta, Castex, Ortiz de Rosas, Lacroze, Leloir) (*Sud América*, noviembre 11, 1885).

La oposición católica al roquismo no era ni siquiera un partido de repuesto de la oligarquía. Aparte de la Iglesia carecía de base en la oligarquía y sólo tendría una breve y fugaz ocasión de pesar políticamente cuando la oligarquía decidió sumar las sotanas a los elementos que reunía para desembarazarse de Juárez Celman.

Pero existía todavía una corriente dentro de la oposición al roqui-juarismo que estaba todavía más huérfana de apoyo real en la sociedad de entonces y que, sin embargo, era el más sensible de los elementos reales, de clase, que habrían de derribar a Juárez. Era la corriente de Sarmiento, representada por él solo. La campaña de Sarmiento contra "el mundo financiero que nos domina" reflejaba anticipadamente la inquietud y el descontento que habría de suscitar en los sectores productores de la oligarquía, y en los productores capitalistas que estaban fuera y en la periferia de la oligarquía, la progresiva enajenación de toda la economía nacional al capital imperialista, hasta límites que los afectaban muy directamente. Pasado el apurón del 90, la oligarquía en su conjunto se olvidó esos problemas, pero para los sectores no oligárquicos de la burguesía rural siguieron siendo, aunque atenuados, muy actuales y apremiantes. Por eso los temas de al campaña antirroquista de Sarmiento —el endeudamiento al extranjero, el latifundismo, militarismo, democracia plutocrática— son los temas que después del 90 agitará el radicalismo, aunque con infinitamente menor agudeza y vigor. Y hasta adelanta la táctica de intransigencia, en oposición a la táctica de acuerdos y conciliaciones con el roquismo, que proponía Mitre (*El Censor*, diciembre, 25, 1885). Por eso bien podía escribir Sarmiento: "Somos el órgano de un partido nuevo sin duda, que no es el de Roca, o el de Gorostiaga, o el de Mitre, o el de Yrigoyen, sino el partido que quisiera estar en la verdad legal, constitucional, representativa, republicana" (*El Censor*, diciembre 27, 1885).

Persiste el Dilema Sin Solución

Bajo el gobierno Juárez el imperialismo completa su control sobre las palancas fundamentales de la economía argentina. Evidentemente, la expansión del capital financiero en escala mundial no se circunscribe a la Argentina. De ello los salmistas póstumos del roquismo desgajan la chusca conclusión de que "Juárez Celman se encontró envuelto en este proceso que no era argentino ni se debía a ninguna particular flaqueza de nuestros gobernantes, sino que re-produció un fenómeno mundial". De acuerdo a esto, Juárez fue sólo una "víctima" de ese proceso y en ningún modo un cómplice y menos todavía un culpable de sus desastrosas consecuencias para el país (Ramos, *Revolución*, 253). De acuerdo a este razonamiento —si es que a tan desapartada impostura se la puede bautizar con tal nombre— todas las clases dirigentes, y sus gobernantes de turno, que desde fines del siglo pasado entregaron por un plato de lentejas sus países al capital imperialista, deben ser absueltos de culpa y cargo, y hasta llorados un poco en sus mausuleos, puesto que siendo el imperialismo mundial, que se hacía sentir en China tanto como en el Río de la Plata, en Egipto igual que en Rusia o en México, ¿por qué acusar de nada a las clases dominantes china, argentina, rusa, egipcia, que se trocaron en abnegados agentes e introductores de la peste sagrada en sus respectivos países y pueblos? Del mismo modo, si el carácter mundial de un fenómeno libra de responsabilidad a las clases dominantes de cada país, cabe disculpar a las burguesías que condujeron a la humanidad a las hecatombes de 1914 y 1939, ya que ni Poincaré, ni el Zar, ni Churchill, ni Hitler fueron culpables de un proceso mundial, amén de que el pobre Nicolás y el pobre Adolfo resultaron personalmente sus víctimas. El imperialismo no se apo-

deró del país única ni principalmente por flaqueza de nuestros gobernantes en cuanto individuos, pero sí por la flaqueza de nuestras clases monitoras. Y en cuanto a la de los rabadanes del roguismo, y en particular del juarismo, ayudaron a la penetración imperialista y en particular de lo que la oligarquía argentina toleraba, que ya incluso más allá de lo que la oligarquía argentina toleraba, se era demasiado. El fenómeno mundial del dominio imperialista se reprodujo en nuestro país, pero no en Japón ni en Estados Unidos. ¿Por qué de la interacción del capital extranjero y la economía nacional salió una muestra equivalente a la producida en México o Rusia, y no a la que obtuvieron en Japón o Estados Unidos? Eso es lo que hay que explicar, comenzando por la inepticia de nuestras clases dominantes, incapaz de propugnar, como era su obligación, un desarrollo nacional autónomo, fenómeno resultante, a su vez de todo el proceso formativo del país. Desde luego la flaqueza de la oligarquía argentina no tenía nada de particular junto a la de la monarquía china o rusa o egipcia, o de la oligarquía mexicana o brasileña. A la par de éstas, la inepticia de la oligarquía argentina era la inepticia general de todas las clases dominantes de países atrasados, invadidos por el capital imperialista. Pero que al mal sea de muchos sólo es consuelo para tontos y argumento frívolo para canallas. Si queremos construir una gran nación, es indispensable descubrir y bautizar con plomo derrotido todas y cada una de sus fallas en la defensa de la autonomía nacional, y no lavarle la fachada con el pretexto de que en todo el mundo hubo clases igualmente chambo-nas o venales.

Juárez Celman no fue, desde luego, más culpable que los grupos sociales que lo respaldaban. En general, ningún criminal es más culpable que el ambiente que le hizo criminal, pero eso no impide que se lo ponga a buen recaudo. Juárez puso su firma y sus argumentos en respaldo de cuanto negociado tramaron los brigantes imperialistas contra la bolsa y el honor del país, y esto no puede

justificarse porque de igual modo procederían los reyezuelos árabes, ni porque el propio Juárez cayera víctima de su complicidad en una política antinacional que no podía ser soportada ni por la boynuna y ejemplar mansedumbre de los estancieros.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- ALBERDI, Juan Bautista, *Obras Completas* (Bs. As., 1887).
ALBERDI, Juan Bautista, *Cartas a Gutiérrez en Correspondencia Diplomática* (Buenos Aires, 1900).
ALBERDI, Juan Bautista, *Escritos Económicos* (La Facultad, Bs. As., 1920).
- BELIN SARMIENTO, Carlos, *Una República Muerta* (Bs. As., 1892).
BUCICH ESCOBAR, Ismael, *Historia de los Presidentes Argentinos* (El Ateneo, Bs. As., 1927).
- COSTA, Julio, *Roca y Tejedor* (Bs. As., 1927).
- D'AMICO, Carlos, *Buenos Aires, sus Hombres, su Política* (Americana, Buenos Aires, 1952).
- ESTRADA, José Manuel, *Discursos Selectos* (Mundo Moderno, Buenos Aires, 1953).
- GALINDEZ, Bartolomé, *Historia Política Argentina. La Revolución del 80* (Comi, Bs. As., 1945).
GROUSSAC, Paul, *La Biblioteca* (Bs. As., 1896-98).
- HANSON, S. G., *Argentine Meat and the British Market* (Stanford University Press, 1937).

- HERNANDEZ, José, *Martín Fierro* (Sopena, Bs. As., 1942).
- IBARGUREN, Carlos, *Juan Manuel de Rosas* (Frontispicio, Bs. As., 1948).
- JENKS, Leland Hamilton, *The Migration of British Capital to 1875* (Jonathan Cape, London, 1938).
- KIRKLAND, Edward C., *Historia Económica de Estados Unidos* (Fondo de Cultura Económica, México, 1947).
- KNOWLES, L. C. A., *The Industrial and Commercial Revolutions in Great Britain During the Nineteenth Century* (Rutledge, London, 1947).
- LENIN, Vladimir, *El Imperialismo* (Alfa, 1936).
- MABRAGAÑA, A., *Los Mensajes* (Bs. As., 1910).
- MADERO, Guillermo, *Historia del Puerto de Buenos Aires* (Bs. As., 1955).
- MARTEI, Julián, *La Bolsa* (Emecé, Bs. As., 1943).
- MARX, Carlos, *México en la Obra de Marx* (Seleccionado por Domingo P. de Toledo, México, 1939).
- MINISTERIO DE GUERRA, *Historia de los Premios Militares* (Compilado por R. Mom y L. Vigil, Bs. As., 1908).
- MITRE, Bartolomé, *Arengas* (Librería de Mayo, Bs. As., 1889).
- ODDONE, Jacinto, *La Burguesía Terrateniente Argentina* (Bs. As., 1936).
- PALACIO, Ernesto, *Historia de la Argentina* (Peña Lillo, Bs. As., 1965).
- PAYRO, Roberto J., *Diversas Aventuras de un Nieto de Juan Moreira* (Losada, Bs. As., 1944).
- PUIGGROS, Rodolfo, *Historia Crítica de los Partidos Políticos* (Argumentos, Bs. As., 1956).
- QUESADA, Ernesto, *La Política Argentina Paraguaya* (Bredhal, Bs. As., 1902).
- RAMOS, Jorge Abelardo, *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina* (Amerindia, Bs. As., 1957).

- RIVERA, Enrique, *José Hernández y la Guerra del Paraguay* (Indoamérica, Bs. As., 1954).
- RIVERO ASTENCO, Agustín, *Juárez Celman* (Kraft, Bs. As., 1944).
- SALDIAS, Adolfo, *Buenos Aires en el Centenario de la Revolución de Mayo* (Ed. Oficial, La Plata, 1910).
- SARMIENTO, Domingo F., *Obras Completas* (Luz del Día, Bs. As., 1948).
- SARMIENTO, Domingo F., *Epistolario Entre Sarriento y Posse* (Museo Histórico Sarriento, Bs. As., 1946).
- SIERRA, Vicente, *Historia de las Ideas Políticas en la Argentina* (Nuestra Causa, Bs. As., 1950).
- SOMMI, Luis V., *La Revolución del 90* (Monteagudo, Bs. As., 1948).
- SOMMI, Luis V., *Hipólito Yrigoyen* (Monteagudo, Bs. As., 1947).
- TORNQUIST, Institución, *Ernesto Tornquist* (Bs. Aires, 1942).
- TRISTAN, Lucía, *Yrigoyen y la Intransigencia Radical* (Indoamérica, Buenos Aires, 1955).
- TROTSKY, Leon, *La Internacional Comunista Desde la Muerte de Lenin* (Hoy, Madrid, 1930).
- VERA Y GONZALEZ, Emilio, *Historia de la República Argentina* (La Facultad, Bs. As., 1926).
- WILLIAMS, J. H., *Argentine International Trade Under Inconvertible Paper Money 1880-1900* (Cambridge, Massachussets, 1920).
- YUNQUE, Alvaro, *Calificurá. La Conquista de las Pampas* (Zamora, Buenos Aires, 1956).

Las citas de los diarios, revistas y archivos se presentan en el texto. Los diarios de sesiones se refieren por sus iniciales: DSCDN, Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación (o del Senado o de la Provincia, según corresponda).

I N D I C E

LA ARGENTINA EN LA EPOCA DEL IMPERIALISMO	7
CONSOLIDACION DE LA OLIGARQUIA ANGLO-CRIOILLA ...	
La Situación Argentina Según los Financistas Británicos	17
El Fecundo Consorcio del Capital Inglés y los Beneficios de la Oligarquía	17
Mitre, Precursor de Todas las Laceras de la Política Oligárquica ...	20
Indiferencia de las Clases Dominantes Argentinas Frente a Latino- América	24
La Presidencia Sarmiento, Ilusiones sin Base	31
Los Nuevos Partidos al Asalto del Poder	35
Variantes de las Actitudes Proimperialistas: Mitre y José Hernández	37
La Política Estancieril de José Hernández	40
Reca es Apoyado por las Oligarquías del Puerto y del Interior Ade- más del Capital Extranjero	47
En el Ejército se Aprende a Ganar Elecciones y Apoderarse de las Tierras Públicas	51
Los Ganaderos se Enrriquecen Mirando Pacer las Vacas	60
El Ideal de los Usureros Internacionales (Crecimiento Progresivo y Endeudamiento Explosivo)	64
La Conquista del Desierto por el Latifundio	70
La Corrupción y el Peculado Favorecen al Imperialismo	77
El Estado Argentino Contra la Nación. El Caso del Ferrocarril Oeste	82
La Racionalización de la Vida Civil	88
Persiste el Dilema Sin Solución	95
101	
BIBLIOGRAFIA CITADA	105